

JULIO FLOREZ

SU HISTORIA

http://es.wikipedia.org/wiki/Julio_Fl%C3%B3rez

Julio Flórez Roa

(Chiquinquirá, Boyacá, 22 de mayo de 1867 - Usiacurí, Atlántico, 7 de febrero de 1923) fue un poeta colombiano.¹

Primeros años

A los 7 años escribió sus primeros versos conocidos. En 1881 ingresó a estudiar Literatura al [Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario](#) en [Bogotá](#), pero no culminó sus estudios debido a la guerra civil de 1885. Su padre fue político liberal, Gobernador del Departamento de Boyacá y Representante a la Cámara. Su hermano Leónidas fue herido gravemente en una manifestación y falleció 4 años después por las secuelas. Julio mismo era un liberal convencido y a pesar de su difícil situación económica rechazó varias veces posiciones ofrecidas por el gobierno conservador, como un cargo en la Biblioteca Nacional o un consulado en el exterior.

Amigo de otros dos grandes poetas de la época: [Candelario Obeso](#) y [José Asunción Silva](#). Candelario era repudiado por la aristocracia por ser de raza negra y por rechazar los reglamentos impuestos por la [Iglesia Católica](#) y la sociedad bogotana. En 1884 se suicidó y en su sepelio, Julio Flórez, de sólo 17 años, exaltó su memoria en versos emocionados. Es uno de los más grandes poetas de Colombia, además de ser considerado en su tiempo y por varias décadas después como el poeta popular por excelencia del país.

Del exilio al triunfo

En 1905, el dictador [Rafael Reyes](#) «le aconsejó» irse del país, ante «la ola de murmullos contra él», que lo señalaban como «sacrílego, blasfemo y apóstata». Flórez marchó a [Caracas \(Venezuela\)](#), donde publicó *Cardos y lirios* y *La Araña*. Luego viajó por varios países de [Centroamérica](#) hasta [México](#). En [El Salvador](#) publicó *Manejo de zarzas* y *Cesta de lotos*. El exilio fue el trampolín del éxito, la fama de Flórez se hizo internacional y ocurrió lo inesperado: en 1907 su

enemigo, el presidente Reyes, lo nombró segundo secretario de la Legación de Colombia en [España](#) y Flórez aceptó.

Publicó *Fronda Lírica*, en [Madrid](#) en [1908](#), y *Gotas de Ajenjo*, en [Barcelona](#) en [1909](#), año en que regresó a Colombia, presentando un recital en [Barranquilla](#).

Últimos años

A su regreso en [1909](#) a Colombia, Flórez se retiró al municipio de [Usiacurí](#), en el [departamento del Atlántico](#), a tomar una cura de sus aguas medicinales. En ese pueblo se enamoró de una colegiala de 14 años de edad, Petrona, con quien comenzó un idilio, quedándose a vivir en este sitio por el resto de su vida, salvo algunas salidas esporádicas para realizar funciones o por enfermedad.

En [1910](#) regresó a Bogotá, donde se presentó en una función en el [Teatro Colón](#), durante las celebraciones del primer centenario de la [Independencia de Colombia](#). Luego de esta presentación, Flórez se ausentó de la capital, a la que regresó en muy contadas ocasiones para ofrecer recitales poéticos, del mismo modo como lo hizo en todo el país, y más frecuentemente en la vecina ciudad de [Barranquilla](#).

Obra



En la aldea de Usiacurí llevó una vida de hogareña, al lado de su esposa Petrona y sus cinco hijos: Cielo, León Julio, Divina, Lira y Hugo Flórez Moreno. Para el mantenimiento de la familia, se dedicó a labores [agrícolas](#) y [ganaderas](#) a pequeña escala. En esa época le inició una enfermedad de la cual no se tiene certeza, pero se cree que se trató de un [cáncer](#) que le deformó el rostro afectándole la [mandíbula](#) izquierda y dificultándole el habla. Falleció el [7 de febrero](#) de [1923](#) en este poblado a la edad de 55 años.

[Busto](#) de Julio Flórez en el parque de su mismo nombre en la ciudad de [Chiquinquirá](#)

La obra de Julio Flórez consta de diez libros:²

1. huyeron las golondrinas
2. Horas
3. Cardos y lírios
4. Gotas de ajenjo
5. Cesta de lotos
6. Manojos de Zarzas
7. Haz de espinas
8. Flecha roja
9. De pie los muertos
10. Fronda lírica
11. Oro y ébano

Las poesías más destacadas *Mis flores negras, La araña, Idilio Eterno, Abstracciones, Resurrecciones, La voz del río, Reto, Altas ternuras* y *Oh poetas*, entre otras, son consideradas clásicos de la [literatura colombiana](#).²

La Gruta Simbólica



La Gruta Simbólica fue una tertulia "*de errátil asiento*", de la que Julio Flórez fue un importante y activo miembro, además de ser uno de sus fundadores. Allí iba, entre rasgueos de [tiple](#), [bandola](#) y [guitarra](#), en busca de los manjares [criollos](#) y de dorados y diamantinos licores, la bohemia *santafereña* de mil novecientos. La Gruta Simbólica convocó a lo largo de un [quinquenio](#) -sobre poco más o menos- a unas setenta personalidades de la más heterogénea condición. [Luis María Mora](#), llamado "Moratín", narró los acontecimientos que dieron lugar a la fundación de esta tertulia:

Busto de Julio Flórez en el parque Sucre de [Bogotá](#).

«... Una noche, cuya fecha nadie podría recordar con precisión, andábamos sin salvoconducto unos cuatro amigos que veníamos de una exquisita cuchipanda, a las cuales eran muy aficionados los literatos de entonces, con pocas excepciones. Era arte muy divertido, peligroso y nuevo ese de sacarle el cuerpo a las patrullas de soldados que rondaban las calles en persecución de sediciosos y espías, cuando de súbito caímos en poder de una ronda. Componían el grupo Carlos

Tamayo, Julio Flórez, Julio de Francisco, Ignacio Posse Amaya, Miguel A. Peñarredonda, Rudesindo Gómez y el humilde autor de esta croniquilla, a los pies de vuestras mercedes. No podíamos andar la noche por desafectos al gobierno, y no nos quedaba más remedio que pasarla en un cuartel, cuando menos. De pronto Carlos Tamayo les dijo a los de la ronda: "Señores, tenemos un enfermo grave; vamos en busca de un médico; acompáñenos hasta la casa a llamarlo. Aquí no más es." El oficial consintió en ello. Golpeamos a la ventana de la casa de Rafael Espinosa Guzmán, y apenas asomó éste, Tamayo le dijo: "Doctor ábranos que tenemos un enfermo grave como usted lo ve (y señaló con disimulo a los soldados). Es preciso que vaya a la casa." "Lo haré enseguida (contestó con gravedad el doctor); pero sigan entre tanto." Así lo hicimos y nos quedamos hasta las del alba. Estaban de visita allí aquella noche don Luis Galán y don Pedro Ignacio Escobar. Había necesidad de emplear lo mejor que se pudiese las horas que quedaban hasta el amanecer, y preparamos una alegre tenida. A favor del delicioso vino con que nos regaló el dueño de la casa, recitamos versos, improvisamos un satírico [sainete](#) político, cantamos y reímos y olvidamos nuestra pasada cuita con la ronda. Resolvió entonces Reg que hiciéramos nuevas y frecuentes reuniones en su casa, y así, ni una coma más ni una menos, fue como quedó desde esa noche fundada la Gruta Simbólica.»

Moratin narró también las nocturnas expediciones que el grupo de la Gruta Simbólica, presidido por Julio Flórez, hacía al [Cementerio Central de Bogotá](#):

«Un grupo de soñadores, músicos y poetas, al frente del cual iba él (Julio Flórez), se dirigía al camposanto a eso de la media noche, en las más espléndidas ascensiones de la [luna](#). El grupo salvaba la verja, tomaba el vial del Torreón de Padilla y penetraba en los osarios. Una melancólica música de instrumentos de cuerda sonaba en la [cripta](#). Algunas aves sacudían las alas en los cipreses; cruzaban de lejos las [luciérnagas](#) de los [fuegos fatuos](#) y la luna iluminaba los mármoles de las tumbas. ¡Eran confidencias con los sepulcros! ¡Eran singulares serenatas a los muertos! Algunos inclinaban la frente contra los troncos de los árboles, y meditaban. Algunas veces Julio Flórez recitaba sus versos a [Silva](#). Luego el grupo tornaba a la ciudad antes que los sorprendiese la claridad del día, y así terminaban las extravagantes visitas a tantos seres idos, ya libres de las cadenas de la carne.»

Referencias

1. ↑ [Presidencia de la república de Colombia](#). «[Julio Flórez](#)». Consultado el 20 de julio de 2010.
2. ↑ [Casa Museo Julio Flórez](#). «[Biografía Julio Flórez](#)». Consultado el 24 de julio de 2010.

(Julio Flórez Roa; Chiquinquirá, 1867 - Usiacurí, 1923) Poeta colombiano, el más popular de los de su tiempo, romántico y becqueriano tardío. De naturaleza enfermiza y de temperamento bohemio y aventurero, frecuentó en Bogotá la Gruta Simbólica, cenáculo bohemio de artistas múltiples. Pasó algún tiempo en Caracas, fue declarado "ciudadano de honor" en México y estuvo en Madrid como agregado a la Legación de Colombia en España. Publicó nueve títulos, dos de ellos en España: *Fronda lírica* (Madrid, 1908) y *Gotas de ajenjo* (Barcelona, 1909). Fue coronado poeta nacional poco antes de morir, en su retiro de Usiacurí.



Julio Flórez

Su alejamiento de lo nuevo le llevó a ignorar casi el legado de José Asunción Silva, en contraste con el éxito de su producción. Su nombre aparecía ya en la antología *La lira nueva* (1886), años antes de que publicara su primer libro, *Horas*. En su obra se cruzan el fervor religioso, la blasfemia y la entonación pagana; triste y sentimental, su dolor es sincero y con él llega a lo hondo del pueblo y de las cosas.

Romántico de constitución débil y pesimista por naturaleza, Julio Flórez es realmente un lírico posromántico que no se llega a contagiar del modernismo, pese a la época en que vivió. Sus tendencias populares y su afán de soledad lo convirtieron pronto en un hombre "incomprendido" y en un poeta subestimado; cuando se le tributa el homenaje nacional de su coronación, le faltan veintitantos días para llegar al de su muerte. Pese a la incomprensión de los mejores, Flórez fue uno de los poetas más populares de su tiempo.

Páginas suyas fueron incluso musicalizadas, como *La araña* y *Flores negras*, que alcanzaron gran repercusión pública, ya que gustaba a eruditos y analfabetos. Sus poesías fueron recogidas en diversos volúmenes: *Horas* (Bogotá, 1893), *Cardos y lirios* (Caracas,

1905), *Cesta de lotos*, *Manejo de zarzasa* *Fronda lírica* (Madrid, 1908), *Gotas de ajenjo* (Barcelona, 1911), *Oro y ébano* (1943), pero no todas han sido recopiladas aún.

Sus temas son típicos del Romanticismo: el amor no correspondido, el misterio lunar, el fúnebre ciprés, la orgía de los cementerios, la vanidad de las glorias humanas, el dolor, la voluptuosidad y la muerte. A pesar de su torrentosa espontaneidad, la expresión formal de la poesía de Julio Flórez no siempre peca de incorrecta y descuidada. Abundan en su vasto repertorio versos y aun poemas enteros dignos de figurar en la más exigente antología de la poesía americana. Por esta rara virtud, perviven en la memoria de las gentes poemas suyos como "Gotas de ajenjo", "La araña", "Idilio eterno", "Job", "La pedrada" o "La gran tristeza".

PLENILUNIO 71: JULIO FLOREZ: GABRIEL RUIZ – FRAGMENTO BIBLIOGRAFICO

<http://www.youtube.com/watch?v=MWPeuvu-H9g>

CASA MUSEO DE JULIO FLOREZ

<http://www.youtube.com/watch?v=gsFVBgKPMJU>

TUS OJOS: JULIO FLOREZ

http://www.youtube.com/watch?v=krX_OEmQZPg

CUANDO LEJOS MUY LEJOS: JULIO FLOREZ

<http://www.youtube.com/watch?v=1QI7cgYTVZA>

<http://www.youtube.com/watch?v=JtVlkNpSPYo>

TODO NOS LLEGA TARDE: JULIO FLOREZ

http://www.youtube.com/watch?v=9hvPri_MmX0

MIS FLORES NEGRAS: JULIO FLOREZ

<http://www.youtube.com/watch?v=0IDNxWSI4So&feature=related>

<http://www.youtube.com/watch?v=bMreMCcoGSc&feature=related>

<http://www.youtube.com/watch?v=6-Nn3btD2ck&feature=related>

<http://www.youtube.com/watch?v=hM38OlvUdIM&feature=fvwrel>

<http://www.youtube.com/watch?v=PSCLk6DAuYA>

<http://www.youtube.com/watch?v=hM38OlvUdIM&feature=fvwrel>

<http://www.youtube.com/watch?v=jMcDatMRcO0&feature=related>

<http://www.youtube.com/watch?v=8MR8e0dtKj8&feature=fvwrel>

NATALICIO: JULIO FLOREZ

<http://www.youtube.com/watch?v=u1fsHVUa2rM>

<http://www.youtube.com/watch?v=f7WkZ9KNQI0>

<http://www.youtube.com/watch?v=yikyXs1RFtU>

Julio Flórez

Información biográfica

1. Abstracción
2. Antes de que a los golpes (XXXVIII)
3. Aún
4. Ave gris
5. Blanco velo que al mármol importuna (LXI)
6. Boda negra
7. Candor
8. Cruzó como un relámpago (XVI)
9. Cuando lejos, muy lejos (CXXIV)
10. Dicen que entre las tumbas del camposanto (XXXVI)
11. Dulce veneno
12. Ego sum
13. El cóndor viejo
14. El gran crimen
15. En el salón
16. En las tardes brumosas del invierno (IV)
17. ¿En qué piensas?
18. Es medianoche (XXV)
19. Flores negras
20. Guardo en mi pecho un trono (LVIII)
21. ¿Has contemplado? (VIII)
22. Humana
23. Huyeron las golondrinas
24. Idilio eterno
25. La gran tristeza
26. Ley implacable
27. Los besos en los ojos
28. Madrigal
29. Monotonías
30. No os enorgullezcáis (XXII)
31. ¡Oh, muerte!
32. Oye, tus ojos tan profundas huellas dejaron (LXII)
33. Oyendo está tus rumores (III)
34. ¿Oyes? La lluvia cae (LX)
35. Pasa ya
36. Pordioseros de amor
37. ¿Quién oye?
38. Resurrecciones
39. Reto
40. Si la noche se lleva, en su fúnebre manto
41. Soneto
42. Soneto rondel
43. Tanto me odias (L)
44. Te di el perdón (XIII)
45. Todas las noches te veo (LXXXVI)
46. Tú no sabes amar (X)
47. Tus ojos
48. ¿Ves esa vieja?

49. *Visión*
50. *Y no temblé al mirarla*
51. *Yo soy como esas olas gigantescas (LXIII)*

Información biográfica

Nombre: Julio Flórez Roa

Lugar y fecha nacimiento: Chiquinquirá, Boyacá (Colombia), 22 de mayo de 1867

Lugar y fecha defunción: Usiacurí, Atlántico (Colombia), 7 de febrero de 1923 (55 años)

Abstracción

A veces melancólico me hundo
En mi noche de escombros y miserias,
Y caigo en un silencio tan profundo
Que escucho hasta el latir de mis arterias.

Más aún: oigo el paso de la vida
Por la sorda caverna de mi cráneo
Como un rumor de arroyo sin salida,
Como un rumor de río subterráneo.

Entonces presa de pavor y yerto
Como un cadáver, mudo y pensativo,
En mi abstracción a descifrar no acierto

Si es que dormido estoy o estoy despierto,
Si un muerto soy que sueña que está vivo
O un vivo soy que sueña que está muerto.

Antes de que a los golpes

(XXXVIII de Gotas de Ajenjo)

Antes de que a los golpes
Del pesar yo sucumba,
Dejar haré una grieta
Pequeñita en mi tumba.

Para que tú, por ella,
Te asomes, y tus ojos
Alumbren mis helados
Y lívidos despojos.

¡Y para que por ella
Puedas verter tu llanto
Sobre el cadáver mustio
De este ser que amas tanto!

Y para que le digas
Al solitario muerto:
¡De nadie seré nunca!
¡Sólo de ti!

¿No es cierto
Que así dirás? Entonces
¡Oh, mi dulce adorada!
Escucharás adentro
Una gran carcajada!

Aún

Mil veces me engañó; más de mil veces
Abrió en mi corazón sangrienta herida;
De los celos, la copa desabrida,
Me hizo beber hasta agotar las heces.

Fue en mi vida, con todos sus dobleces,
La causa de mi angustia no extinguida
Aunque, ¡pobre de mí!, toda la vida
Su mentiroso amor pagué con creces.

Los tiempos han pasado; ya su boca
No me da sus caricias, no me abrasa
El fuego de sus ósculos de loca;

Y sin embargo mi pasión persiste
Pues, cuando a veces por mi senda pasa,
¡Me alejo mudo, cabizbajo y triste!

Ave gris

De la pared la escala suspendida
Y al pie de la pared tú y yo, mi vida.

En la triste y desierta
Soledad de los ámbitos azules,
Como una novia muerta,
La blanca luna entre nevados tules.

Silencio, ni un ruido,
Mudo el viento en los árboles dormido.

Tú, mustia y temblorosa
Como el pétalo casi desprendido
Del cáliz de una rosa.

Después las explosiones
Del amor, tanto tiempo comprimido,
En nuestros anhelantes corazones.

El vértigo. ¡Los éxtasis profundos
Debajo de la noche y de los mundos!

Luego un ave que cruza
El aire, que nos mira y lanza un grito:
Una enorme lechuza,
Que se pierde en el lóbrego infinito.

Tú, que huyes asustada;
Yo, que subo la escala y luego nada.

Hoy ha cambiado todo,
¡Oh niña, y de qué modo!

El espantoso olvido,
Como pájaro lúgubre e inquieto,
En la noche de tu alma se ha cernido.

Sabes que soy discreto
Y que nunca hablaré de tu secreto.

Mas, no sabes, ignoras
Cuán amargas y tristes son mis horas.

No sabes que me río
Y que me estoy muriendo, ¡a pesar mío!

Mas no importa; que cante
De alegría tu nuevo y dulce amante.

De tu honor ostentando los tesoros
Hoy por la senda de tu amado cruzas,
Porque sabes muy bien que hablan los loros
Pero no las lechuzas.

Blanco velo que al mármol importuna

(LXI de Gotas de Ajenjo)

Blanco velo que al mármol importuna,
Flota sobre la frente inmaculada
Y tersa de la virgen desposada,
Como un vago crepúsculo de luna.

Sutil como las gasas de la cuna
De la niñez que duerme sosegada,
Y luego cual la niebla aletargada
Sobre el glauco cristal de la laguna.

¡Calma, oh novia, tu ardor, calma tu anhelo,
Y expira, antes que alumbre el nuevo día
Marchita tu inocencia, flor de cielo!

¡Y en vez de aquella toca tan sombría
Que ponen a las muertas, aquel velo
Lleva intacto a la tumba negra y fría!

Boda negra

Oye la historia que contóme un día
El viejo enterrador de la comarca:
Era un amante a quien por suerte impía
Su dulce bien le arrebató la parca.

Todas las noches iba al cementerio
A visitar la tumba de la hermosa;
La gente murmuraba con misterio:
Es un muerto escapado de la fosa.

En una horrenda noche hizo pedazos
El mármol de la tumba abandonada,
Cavó la tierra y se llevó en los brazos
El rígido esqueleto de la amada.

Y allá en la oscura habitación sombría,
De un cirio fúnebre a la llama incierta,
Dejó a su lado la osamenta fría
Y celebró sus bodas con la muerta.

Ató con cintas los desnudos huesos,
El yerto cráneo coronó de flores,
La horrible boca le cubrió de besos
Y le contó sonriendo sus amores.

Llevó a la novia al tálamo mullido,
Se acostó junto a ella enamorado,
Y para siempre se quedó dormido
Al esqueleto rígido abrazado.

Candor

Azul azul azul estaba el cielo.
El hálito quemaste del estío
Comenzaba a dorar el terciopelo
Del prado, en donde se remansa el río.

A lo lejos, el humo de un bohío,
Tal de una novia el intocado velo,
Se alza hasta perderse en el vacío
Con un ondulante y silencioso vuelo.

De pronto me dijiste: "el amor mío
Es puro y blando, así como ese río
Que rueda allá sobre el lejano suelo".

Y me miraste al terminar, tranquila,
Con el alma asomada a tu pupila.
Y estaba azul tu alma como el cielo.

Cruzó como un relámpago el vacío

(XVI de Gotas de Ajenjo)

Cruzó como un relámpago el vacío,
Bajo el trémulo palio de las frondas;
Y cayó, de cabeza, en pleno río,
Destrozando el espejo de las ondas.

Tres veces resurgió su cuerpo impuro
Su cuerpo encenegado en la molicie
Y otras tantas hundióse en el oscuro
Fondo, bajo la rota superficie.

Después flotó el cadáver en el agua,
En donde el sol, al expirar, ponía
El último reflejo de su fragua.

¡Y el cadáver se fue con las abiertas
Pupilas asombradas: lo seguía
Un callado cortejo de hojas muertas!

¡Agucé mis ternuras hasta vivir de hinojos
A sus plantas, en éxtasis: tal fue mi idolatría
Sin ver más luz que el lampo divino de sus ojos,
Ni ansiar más gloria que una: llamarla mía, mía.

Un pescador la extrajo del agua el otro día.
La vi Y entonces tuve frenéticos antojos
De ceñirme a su yerta carne por si podía
Animar el turgente mármol de sus despojos.

Me contuvo un amigo, el más amado: un hombre
Cuyo nombre me callo porque no importa el nombre.
No te enloquezcas, dijo, ya que no fuiste experto:

Esa mujer que serte constante y fiel juraba,
Te engañaba conmigo, y, oye: Nos engañaba
Con otro ¡y por ese otro, es por quien ella ha muerto!

Cuando lejos, muy lejos

(CXXIV de Gotas de Ajenjo)

Cuando lejos, muy lejos, en hondos mares,
En lo mucho que sufro pienses a solas,

Si exhalas un suspiro por mis pesares,
Mándame ese suspiro sobre las olas.

Cuando el sol, con sus rayos, desde el oriente,
Rasgue las blondas gasas de las neblinas,
Si una oración murmuras por el ausente,
Deja que me la traigan las golondrinas.

Cuando pierda la tarde sus tristes galas,
Y en cenizas se tornen las nubes rojas,
Mándame un beso ardiente sobre las alas
De las brisas que juegan entre las hojas.

¡Que yo, cuando la noche tienda su manto,
Yo, que llevo en el alma sus mudas huellas,
Te enviaré, con mis quejas, un dulce canto
En la luz temblorosa de las estrellas!

Dicen que entre las tumbas del camposanto

(XXXVI de Gotas de Ajenjo)

Dicen que entre las tumbas del camposanto
Suelen incorporarse los pobres muertos,
Y a través de las grietas del calicanto,
Ver con los ojos turbios, tristes y yertos,
Si alguien llega a sus tumbas vertiendo llanto.

¡Ay!, cuántos esqueletos sus cuencas frías
Pondrán tras de las grietas que hay en sus fosas,
Y esperarán en vano, días y días
Que alguien llegue y mitigue sus espantosas,
Sus eternas y amargas melancolías.

Dulce veneno

Luego me dijo: "Aún cuando mi alma anhele
La virtud y odie la maldad y el vicio,
Ya ves, mi triste corazón se duele,
Al contemplar el hondo precipicio
A donde el Hado sin cesar me impele.

Con mi carga de amor y desconsuelo
Voy a un próximo fin, paso entre paso,
Rueda mi llanto hasta mojar el suelo
Y miro dulcemente hacia mi ocaso
Al ver la muda impavidez del cielo.

¡Ah, si acortar pudiera la jornada!
¡Es tan dura y tan grande mi fatiga,
Mi senda tan oscura y desolada,
Que quisiera morir! Hoy nada, nada
Fuera de ti, mi desazón mitiga.

Y yo te estoy matando. ¡Oh sí! Mis besos
Te envenenan en largo paroxismo
Quedas tras tus eróticos excesos;
Cuando en mi boca están tus labios presos,
Tu boca está en la boca de un abismo".

Yo exclamé: "¿Morir quieres? En el seno
Tú, mi cabeza, al expirar, coloca;
Y después, si es verdad que es un veneno
De tu boca la miel, yo también peno,
Mátame con la miel que hay en tu boca".

Colgóse entonces de mi cuello, hermosa,
Transfigurada y, llena de ternura,
Puso en mi labio el suyo, hecho de rosa
Y en una tregua larga y silenciosa
Lloramos de dolor y de ventura.

Ego sum

Es esta la imagen fría
De un poeta extravagante,
Que sin fuerzas de gigante
Soñó ser gigante un día;
Pero que tras lucha impía
Mustio y rendido cayó,
Pues apenas consiguió
Avivar más su deseo,
Y ser tan solo un pigmeo
Que aún sueña en lo que soñó.

El cóndor viejo

A Rafael Pombo.

I

En una roca de la sierra umbría
Vive un cóndor ya viejo y desplumado,
Que contempla la bóveda vacía
Con tan honda y tenaz melancolía,
Cual si estuviese allí petrificado.
Ya no puede volar y cuando empieza
La blanca nube a coronar la altura,
Envidioso la mira y con tristeza
Inclina taciturno la cabeza
Sobre su roca inmovible y dura.

II

Sirve de escarnio a los demás cóndores
Que anidan en las cumbres de granito,
Y que, del hondo espacio triunfadores,
Bañan su cuello en mares de colores
Al desgarrar la aurora el infinito.
En la noche, en los hondos agujeros
De su peñón, donde las brisas suaves
Se refugian, él sueña cosas graves:
Ya, que eleva en el aire los corderos,
Ya, que agarra en las nubes a las aves.

III

Mas se mira las alas compungido
Y no halla en ellas ni siquiera rastro
De aquel tiempo en que hubiera hasta podido
Colgar su enorme y silencioso nido
De las rubias pestañas de los astros;
Cuando, al lanzarse en inauditos vuelos
Rozaba con el arco de sus plumas
Los bruñidos cristales de los hielos,
Al hundirse en el polvo de las brumas
Bajo el zafiro inmenso de los cielos;

IV

Cuando, el rugir del rey de los titanes,
El hondo mar que eterna rabia alienta,
Llegaba a los ignívoros volcanes

Por sentir estertores de tormenta
Y escuchar aleteos de huracanes,
Cuando, ávido de luz, a ambientes puros,
Del Sol siguiendo el luminoso paso,
Desde los altos peñascales duros
Iba a alumbrar sus ojos verdioscuros
En los rojos incendios del ocaso.

V

Yo conozco un poeta desplumado
Como el cóndor aquel, cuya presencia
Es un mísero escombros del pasado
¡Ya no puede volar! Hoy vive atado
A la roca fatal de la impotencia.
Eso pensé de ti; mas hoy que he visto
Que tú, viejo cóndor, con rudo aliento,
Subes aún rasgando el firmamento,
Presa del más atroz remordimiento.

VI

El mismo eres de ayer. La artera bala
Que cierto cazador disparó un día
Contra ti, no logró romperte el ala;
No eres momia ambulante todavía;
¡Tu espíritu inmortal vigor exhala!
Perdóname poeta, si atrevido
Quise herirte también; fúlgidos rastros
Nos dejas al volar; ¡no estás vencido!
¡Puedes aún colgar tu enorme nido
De las rubias pestañas de los astros!

El gran crimen

Su pupila brilló como una brasa
En la tiniebla de su rostro.
Ella,
Como tras de una nube nívea estrella,
Parecía irradiar bajo la gasa
De su túnica grácil:

Era una
Melancólica anémona
Entre una malla de fulgor de luna:
Un lánguido asfodelo

Que empezaba a dormir era.. ¡Desdémona!
Frágil y blanca, ante la noche: ¡Otelo!

El Sultán de los cielos implacables,
El demonio divino
Del odio y del amor, sus formidables
Ojos negros pasea
Por el inmóvil cuerpo venusino
De su amada
¡Su faz relampaguea
Como un carbonizado torbellino,
Como una tempestad sorda y oscura!

¡Ah, yo soy como Dios, que siempre hiere
Donde más ama! con dolor murmura
Y acerca su puñal a la blancura
De aquella carne casta, y grita ¡Muere!
¡Y hunde, hasta la dorada empuñadura,
La fina hoja que a su mano adhiere!.

¡Ni un ay! La sangre corre. Otelo llora:
Y parece ante Otelo
Aquella muerta, un témpano de hielo
Que nada en los carmines de una aurora.

¿Mayor crimen concibes?
¡Oh, qué execrable hora!
Era inocente. ¿Y tú? Ya ves: ¡tú vives!

En el salón

En tu melena, de la noche habita,
Temblaba una opulenta margarita
Como un astro fragante entre la sombra;
De pronto, con tristeza,
Doblaste la cabeza
Y rodó la la alta flor sobre la alfombra.
Sin verla, diste un paso
Y la flor destrozaste blandamente
Con tu escaquin de refulgente raso.
Yo, que aquello miraba, de repente
Con angustia infinita,
Al ver que la tortura deliciosa
Se alargaba de aquella flor hermosa,
Con voz que estrangulaba mi garganta

Dije a la flor ya exánime y marchita:
¡Quién fuera tú... dichosa margarita,
Para morir así... bajo su planta!

En las tardes brumosas del invierno

(IV de Gotas de Ajenjo)

En las tardes brumosas del invierno,
Cuando el sol taciturno, paso a paso
Va cayendo en las sombras del ocaso
Como envuelto en las llamas de un infierno,

Abro las mustias alas y me cierno
Por la infinita bóveda al acaso,
Falto de luz y de vigor escaso,
Presa de las nostalgias de lo eterno.

Y subo, subo, y cuando el ojo mío
Descubre entre los velos de la noche
Mi supremo ideal, en el vacío.

Una mano brutal mis olas cierra
Y caigo sin un ay, sin un reproche,
Sobre el fangal inmundo de la tierra.

¿En qué piensas?

Dime: cuando en la noche taciturna,
La frente escondes en tu mano blanca,
Y oyes la triste voz de la nocturna
Brisa que el polen de la flor arranca;

Cuando se fijan tus brillantes ojos
En la plumiza clámide del cielo...
Y mustia asoma entre tus labios rojos
Una sonrisa fría como el hielo;

Cuando en el marco gris de tu ventana
Lánguida apoyas tu cabeza rubia...
Y miras con tristeza en la cercana
Calle, rodar las gotas de la lluvia;

Dime: cuando en la noche te despiertas
Y hundes el codo en la almohada y lloras...
Y abres entre las sombras las inciertas
Pupilas como el sol abrasadoras;

¿En qué piensas? ¿en qué? ¡pobre ángel mío!
Piensas en nuestro amor despedazado
Ya, como el junco al ímpetu bravío
Del torrente que salta desbordado?

¿Piensas tal vez en las azules tardes
En que a la luz de tu mirada ardiente,
Mis ojos indecisos y cobardes
Posáronse en el mármol de tu frente?

¿O piensas en la hojosa enredadera
Bajo la cual un tiempo te veía
Peinar tu ensortijada cabellera,
Al abrirse los párpados del día?

¡Quién sabe! No lo sé, pero imagino
Que en esas horas de aparente calma,
Percibes mucha sombra en tu camino,
¡Sientes muchas tristezas en el alma!

Mas otro amante extinguirá tu frío,
Yo sé que tu pesar no será eterno;
Mañana vivirás en pleno estío...
Y yo, con mi dolor... ¡en pleno invierno!

Es medianoche

(XXV de Gotas de Ajenjo)

Es medianoche. En medio del recinto
Está solo el cadáver de la hermosa
Y en la pared, desmantelada y fría,
De su cara proyéctase la sombra.

El seductor se acerca, y en los labios
Del cadáver aquel su labio posa;
Y en la pared, sobre la sombra aquella,
Hace lo mismo su callada sombra.

Y murmura: Quizás mañana mismo,
Cuando yo ruede a la profunda fosa,
Como en esa pared en el infierno
Se besarán nuestras malditas sombras.

Flores negras

Oye: bajo las ruinas de mis pasiones,
Y en el fondo de esta alma que ya no alegras,
Entre polvo de ensueños y de ilusiones
Yacen entumecidas mis flores negras.
Ellas son el recuerdo de aquellas horas
En que presa en mis brazos te adormecías,
Mientras yo suspiraba por las auroras
De tus ojos, auroras que no eran mías.
Ellas son mis dolores, capullos hechos,
Los intensos dolores que en mis entrañas
Sepultan sus raíces, cual los helechos
En las húmedas grietas de las montañas.
Ellas son tus desdenes y tus reproches
Ocultos en esta alma que ya no alegras;
Son, por eso, tan negras como las noches
De los gélidos polos, mis flores negras.
Guarda, pues, este triste y débil manojo,
Que te ofrezco de aquellas flores sombrías;
Guárdalo, nada temas, es un despojo
Del jardín de mis hondas melancolías.

Guardo en mi pecho un trono

(LVIII de Gotas de Ajenjo)

Guardo en mi pecho un trono
Para la madre mía:
Que aunque ella me dio el ser, yo la perdono
Porque no supo el daño que me hacía.

¿Has contemplado, a lo lejos?

(VIII de Gotas de Ajenjo)

¿Has contemplado, a lo lejos,
Al sol que, paso a paso,
Va descendiendo al ocaso
Con su manto de reflejos,
Cómo por lúgubres huellas
Deja, en su triunfal descenso,
Cubierto el espacio inmenso
De crespones y de estrellas?

Así, niña, es el amor:
Como el sol, paso entre paso,
Cuando desciende a su ocaso
Y no da luz ni calor,
En el corazón herido,
Nos deja, en triste quebranto,
Por astros, gotas de llanto,
Y por tinieblas, olvido!

Humana

Hermosa y sana, en el pasado estío,
Murmuraba en mi oído, sin espanto:
"Yo quisiera morirme, amado mío;
Más que el mundo me gusta el camposanto".

Y de fiebre voraz bajo el imperio,
Moribunda ayer tarde, me decía:
"No me dejes llevar al cementerio...
Yo no quiero morirme todavía".

¡Oh Señor... y qué frágiles nacimos!
¡Y qué variables somos y seremos!
¡Si la tumba está lejos... la pedimos!
¡Pero si cerca está...no la queremos!

Huyeron las golondrinas

(VI de Gotas de Ajenjo)

Huyeron las golondrinas
De tus alegres balcones;
Ya en la selva no hay canciones
Sino lluvias y neblinas.

Me da el pesar sus espinas
Sólo porque a otras regiones
Huyeron las golondrinas
De tus alegres balcones.

Insondables aflicciones
Se posan entre las ruinas
De mis ya muertas pasiones.
¡Ay, que con las golondrinas
Huyeron mis ilusiones!

Idilio eterno

Ruge el mar, se encrespa y se agiganta;
La luna, ave de luz, prepara el vuelo
Y en el momento en que la faz levanta,
Da un beso al mar, y se remonta al cielo.

Y aquel monstruo indomable, que respira
Tempestades, y sube y baja y crece,
Al sentir aquel ósculo, suspira...
Y en su cárcel de rocas... se estremece!

Hace siglos de siglos que, de lejos,
Tiemblan de amor en noches estivales;
Ella le da sus límpidos reflejos,
Él le ofrece sus perlas y corales.

Con orgullo se expresan sus amores
Estos viejos amantes afligidos;

Ella le dice "¡te amo!" en sus fulgores,
Y él responde "¡te adoro!" en sus rugidos.

Ella lo aduerme con su lumbre pura,
Y el mar la arrulla con su eterno grito
Y le cuenta su afán y su amargura
Con una voz que truena en lo infinito.

Ella, pálida y triste, lo oye y sube
Le habla de amor en su celeste idioma,
Y, velando la faz tras de la nube,
Le oculta el duelo que a su frente asoma.

Comprende que su amor es imposible,
Que el mar la acopia en su convulso seno,
Y se contempla en el cristal movable
Del monstruo azul, en que retumba el trueno.

Y, al descender tras de la sierra fría,
Le grita el mar: "¡en tu fulgor me abraso!"
¡No descendas tan pronto, estrella mía!
¡Estrella de mi amor, detén el paso!

¡Un instante mitiga mi amargura,
Ya que en tu lumbre sideral me bañas!
¡No te alejes! ¿No ves tu imagen pura,
Brillar en el azul de mis entrañas?

Y ella exclama, en su loco desvarío:
"¡Por doquiera la muerte me circunda!
¡Detenerme no puedo monstruo mío!
¡Compadece a tu pobre moribunda!

¡Mi último beso de pasión te envió;
Mi postrer lampo a tu semblante junto!".
Y en las hondas tinieblas del vacío,
Hecha cadáver se desploma al punto.

Entonces, el mar, de un polo al otro polo,
Al encrespar sus olas plañideras,
Inmenso, triste, desvalido y solo,
Cubre con sus sollozos las riberas.

Y al contemplar los luminosos rastros
Del alba luna en el oscuro velo,

Tiemblan, de envidia y de dolor, los astros
En la profunda soledad del cielo.

¡Todo calla!... El mar duerme, y no importuna
Con sus gritos salvajes de reproche;
¡y sueña que se besa con la luna
En el tálamo negro de la noche!

La gran tristeza

Una inmensa agua gris, inmóvil, muerta,
Sobre un lúgubre páramo tendida;
A trechos, de algas lívidas cubierta;
Ni un árbol, ni una flor, todo sin vida,
¡Todo sin alma en la extensión desierta!

Un punto blanco sobre el agua muda,
Sobre aquella agua de esplendor desnuda,
Se ve brillar en el confín lejano:
Es una garza inconsolable, viuda,
Que emerge como un lirio del pantano.

Entre aquella agua, y en lo más distante,
¿Esa ave taciturna en qué medita?
¡No ha sacudido el ala un solo instante,
Y allí parece un vivo interrogante
Que interroga a la bóveda infinita!

Ave triste, responde: Alguna tarde
En que rasgabas el azul de enero
Con tu amante feliz, haciendo alarde
De tu blancura, ¿el cazador cobarde
Hirió de muerte al dulce compañero?

¿O fue que al pie del saucedal frondoso,
Donde con él soñabas y dormías,
Al recio empuje de huracán furioso,
Rodó en las sombras el alado esposo
Sobre las secas hojarascas frías?

¿O fue que huyó el ingrato, abandonando
Nido y amor, por otras compañeras,
Y tú, cansada de buscarlo, amando
Como siempre, lo esperas sollozando,
O perdida la fe... ya no lo esperas?

Dime: ¿Bajo la nada de los cielos,
Alguna noche la tormenta impía
Cayó sobre el juncal, y entre los velos
De la niebla, sin vida tus polluelos
Flotaron sobre el agua... al otro día?

¿Por qué ocultas ahora la cabeza
En el rincón del ala entumecida?
¡Oh, cuán solos estamos! Ve, ya empieza
A anochecer: ¡Qué igual es nuestra vida!...
¡Nuestra desolación! ¡Nuestra tristeza!

¿Por qué callas? La tarde expira, llueve,
Y la lluvia tenaz deslustra y moja
Tu acolchado plumón de raso y nieve.
¡Huérfano soy!...
¡La garza no se mueve...
Y el sol ha muerto entre su fragua roja!

Ley implacable

¡Ay! ¿Cómo quieres que tu madre encuentre
En este mundo bienhechora calma,
Si le desgarras, al nacer, el vientre,
Y le desgarras, al morir, el alma?

Y esa madre infeliz, ¿cómo a porfía
Quiere darte, en el mundo, horas serenas,
Si en la leche fetal con que te cría,
Bebes tú todo el zumo de sus penas?

¿Cómo quieres, mortal, que en la existencia
Tu esposa guarde fiel tus atributos
Si tú mismo, al robarle la inocencia,
Le enseñas el deleite de los brutos?

Hombre, eres pasto de un rencor violento:
Al mal te empujan invisibles manos;
Vives, y te devora el sufrimiento;
Mueres, y te devoran los gusanos.

Los besos en los ojos

¿Y los ojos? Son ánforas repletas
De luz espiritual, ventanas puras

De cuyo marco penden las violentas
De las ojeras místicas y oscuras.

Los ojos son los faros de la vida,
Son los cristales donde amor asoma
Su faz como una rama florecida
Hecha de lumbre y de celeste aroma.

Los besos en los ojos, todo beso
Que en los ojos se da, se da en el alma;
Beso dulce, castísimo. Por eso
Cuando tras de besar tus labios rojos
Quiero infundir a mis sentidos calma
Pongo a soñar mis labios en tus ojos.

Madrigal

¿Me quieres? ¡Que tu acento me lo diga
Ante aquel sol que muere en el ocaso!
Tú, que mitigas mi pesar... ¡mitiga
Esta fiebre voraz en que me abraso!

Tembló su labio y balbució: ¡Lo juro!

Sus tachonadas puertas entreabría
La muda noche en la extensión vacía:
Y en mi espíritu lóbrego y oscuro...
En aquel mismo instante amanecía!

Monotonías

I
Se están poniendo tristes
Las tardes de verano;
Ya no se ve en los cielos
Siquiera un arrebol.
Y está desierto el bosque
Y está marchito el llano
¡Qué triste va muriendo
Tras de la sierra el sol!

Es que tras de la bruma,
Que el horizonte cierra,
El blanco apoya
La frente en su bordón.
Mas, ¿qué importa ese frío

De cielo, mar y tierra,
Si fuego, amor y abrigo
Te da mi corazón?

II

Oye, el cierzo rasguña la vidriera:
Llegó el invierno al fin pero el estío
Surge en mi amante corazón; afuera
Cae la lluvia, el cielo está sombrío.
Mas, no importa, bien mío,
Porque en mi corazón hay una hoguera
Que te dará calor si sientes frío.

III

¡Mientras que tú me inundas
En la onda fragante de tu aliento,
Oye, el ala del viento
Arrebata las hojas moribundas!
Pero ese viento helado
No llegará hasta ti, ni la llovizna
Tu cuerpo mojará, ni ese nublado,
Que el triste cielo de la tarde tizna,
Te quitarán la luz: corto es el trecho
Que nos separa. ¡Ven! La chimenea
Fría está ni una brasa.
¡Ven! La cabeza pon sobre mi pecho:
Así más cerca que tus ojos vea
Mientras el soplo del invierno pasa
¡Oh, que este invierno interminable sea!

No os enorgullezcáis

(XXII de Gotas de Ajenjo)

No os enorgullezcáis, niñas hermosas,
Porque líneas tenéis esculturales:
Vuestras carnes se pudren, y, en las fosas,
Todos los esqueletos son iguales.

¡Oh, muerte!

Amad la muerte, amadla. Ella procura
El supremo descanso, ella nos guía
En el camino del silencio, es fría
Pero buena; ella mata la amargura.

Ella es la maga de la sombra es pura
Y eterna y todos la llamáis impía.
¿Por qué? ¿Porque nos besa en la agonía,
Y un tálamo nos da en la sepultura?

La muerte es la ceniza de la llama;
Es el "no ser" de lo que vibra; muda
Ante el placer o el infortunio, ama:

El sueño, matador de los dolores;
La calma, que del daño nos escuda,
Y la tierra que es madre de las flores.

Oye, tus ojos tan profundas huellas dejaron

(LXII de Gotas de Ajenjo)

Oye, tus ojos tan profundas huellas
Dejaron para siempre en mis entrañas,
Que en las noches tranquilas
Suelo mirar absorto las estrellas
Sobre la cresta azul de las montañas,
Tan solo porque en ellas
Me parece que miro tus pupilas
Rodar tras de la red de tus pestañas.
Presa, entonces, de trágica agonía,
Pierdo toda mi calma,
Y hasta el fondo del alma
Torno azorado la mirada mía;
Y al contemplar de tus desdén los rastros,
Por no ver más tus ojos, bien quisiera,
Con ira de pantera,
Rasgar los cielos y extinguir los astros.

Oyendo está tus rumores

(III de Gotas de Ajenjo)

Oyendo está tus rumores
Allá abajo el ángel mío;
Corre y llévale estas flores
Que deshojo en tus hervores
Corre, corre, manso río.

Corre y dile que la adoro,
Que estoy pálido y sombrío,

Que por sus desdenes lloro,
Y dile que es mi tesoro;
Pero, corre, manso río.

Mas si no oye mi quebranto,
Si desdeña el amor mío,
Entonces llévale el llanto
Que estoy vertiendo hace tanto
Sobre tus ondas ¡oh, río!

¿Oyes? La lluvia cae

(LX de Gotas de Ajenjo)

¿Oyes? La lluvia cae. Tengo frío.
La noche tiembla. El cierzo hace pedazos
Las ramas de los árboles. El río
Muge rabioso. Estréchame en tus brazos.
Posa tu boca en el semblante mío.
¿Ya no me quieres? ¡Abre, tengo frío!

¿Por qué has tardado tanto? ¡Tengo sueño!
Sufro. La vida me atormenta. Agudas
Me hinca las uñas con brutal empeño
La zarpa del dolor mas tú me escudas.
¡Entra, oh Muerte adorada! ¡Sé mi dueño!
Quiero dormir contigo. Tengo sueño.

¡Pasa ya!

Errante nube que pasas
Por el cielo, ¿a dónde vas?
¡Al sur! Si a mi patria llegas,
Y ves a mi amada, dile
Que no la olvido jamás.
Desátate en densa lluvia
Sobre su jardín, y ve
Si están mustias por mi ausencia,
Si sus flores están tristes,
Y diles que volveré.

Errante nube que pasas,
¿De dónde vienes? De allá
¿Viste a mi amada? ¡Con otro!
¿Viste sus flores? ¡Alegres!
¡Nube negra, pasa ya!

Pordioseros de amor

Mis ojos son dos mendigos
Que van hambrientos de luz
Mirando hacia un hondo cielo
Sin astros y sin azul.
Hoy han tocado a tu puerta,
Si eres compasiva tú,
¡Enséñales tus pupilas
Llenas de sol y de azul
Y dales una mirada
Una limosna de luz!

Mis labios son dos mendigos
Que están sedientos de miel
Porque en la vida apuraron
La amargura hasta la hez.
Hoy han llamado a tu puerta;
¿Quieres hacerles un bien?
¡Enséñales la sonrisa
De tus labios de clavel,
Y dales un beso un beso
Como limosna de miel!

¿Quién oye?

De noche, bajo el cielo desolado,
Pienso en tu amor y pienso en tu abandono,
¡Y miro en mi interior deshecho el trono
Que te alcé como a un ídolo sagrado!

¡Al ver mi porvenir despedazado
Por tu infidelidad, crece mi encono!
Mas, como sé que sufres, te perdono...
¡Oh, tú jamás me hubieras perdonado!

Mis lágrimas, en trémulo derroche,
Ruedan al fin, y luego, en inaudito
Arranque, a Dios elevo mi reproche...

¡Pero se pierde entre el negror mi grito
Y sólo escucho, en medio de la noche,
Del silencio el monólogo infinito!

Resurrecciones

Algo se muere en mí todos los días;
La hora que se aleja me arrebató,
Del tiempo en insonora catarata,
Salud, amor, ensueños y alegrías.

Al evocar las ilusiones mías, Pienso:
"¡Yo, no soy yo!" ¿Por qué, insensata,
La misma vida con su soplo mata
Mi antiguo ser, tras lentas agonías?

Soy un extraño ante mis propios ojos,
Un nuevo soñador, un peregrino
Que ayer pisaba flores y hoy... abrojos.

Y en todo instante, es tal mi desconcierto,
Que, ante mi muerte próxima, imagino
Que muchas veces en la vida... he muerto.

Reto

Si porque a tus plantas ruedo
Como un ilota rendido
Y una mirada te pido
Con temor, casi con miedo;
Si porque ante ti me quedo
Estático de emoción,
Sintiendo que el corazón
Se va en mi pecho a romper,
Piensas que siempre he de ser
Esclavo de mi pasión.

Te equivocas, te equivocas,
Fresco y fragante capullo
Yo quebrantaré tu orgullo
Como el minero las rocas.
Si a la lucha me provocas,
Dispuesto estoy a luchar:
Tú eres espuma, yo mar
Que en sus cóleras confía.
¿Me haces llorar? Algún día
Yo también te haré llorar.

Te haré llorar; y después
De que tú también rendida,
Me ofrezcas toda tu vida
Perdón pidiendo, a mis pies,

Como mi cólera es
Formidable en sus accesos,
¿Sabes tú lo que haré en esos
Instantes de indignación?
Arrancarte el corazón
Para comérmelo a besos.

Si la noche se lleva, en su fúnebre manto

Si la noche se lleva,
En su fúnebre manto,
La humedad de mis lágrimas
Y el rumor de mi canto.

Y si el día se lleva,
Cuando abandona el mundo,
Los amargos sollozos
De mi pecho profundo.

¿Por qué se irán las noches
Por qué se irán los días
Sin llevarse una sola
De mis melancolías?

Soneto

Toma mi cuerpo, madre, te lo entrego
Ensangrentado como me lo diste;
Sólo que a ti va ahora mudo y ciego,
Menos lloroso, sí, pero más triste.

Gracias, madre; fue hermoso, tuvo suerte,
El mejor vino y el amor más loco
Gozó en la lucha pero poco a poco
Lo echó el asco en los brazos de la muerte.

Dale un gran beso de perdón; no llores,
No vayas a llorar; agradecida
Pronto lo estrechará la madre Tierra.

¡Tú y ella, mis dos madres, mis amores!
¡Alégrate: la vida, la gran vida
Comienza en toda tumba que se cierra!

Soneto rondel

Cantaba el ruiseñor su serenata.
En el nocturno piélago se hundía
Detrás de la imponente serranía
La luna como góndola de plata.

Cantaba el ruiseñor su melodía.
En mi mente el recuerdo de la ingrata
Mujer que en llanto mi dolor desata,
Como un rayo de sol resplandecía.

Cantaba el ruiseñor bajo la umbría.
Así como la niebla se delata
Se dilataba mi melancolía.

Y en tanto que por la mujer ingrata
En llanto mi dolor se deshacía,
Cantaba el ruiseñor su serenata.

Tanto me odias

(L de Gotas de Ajenjo)

Tanto me odias, me aborreces tanto,
Que pienso que algún día
Irás al camposanto
A hollar la hierba de la tumba mía.

Ojalá, nada importa que furiosa
Pises allí sobre mi cuerpo helado:
Con tu pie, diminuto y delicado,
Perfumarías la hierba de mi fosa.

¿Sabes lo que me aterra
De la muerte y me espanta?
No estar a flor de tierra,
Entonces, ¡ay!, para besar tu planta.

Te di el perdón

(XIII de Gotas de Ajenjo)

Te di el perdón y te alargué mi mano;
Tú me juraste redimirte, al verte
Libre de mal, y lejos de la muerte
Y de la podre del comercio humano.

Te salvé del abismo, del insano
Foco en que te podrías como inerte
Piltrafa en feria; trastoqué tu suerte,
Sin ambición, sin interés liviano.

¿Y has caído de nuevo en el pantano;
Y a pedirme perdón vienes ahora?
¿Y otra vez vienes a jurar en vano?

¡No más disculpas de ocasión murmures!
¡Llora, sí, llora mucho! ¡Llora, llora!
Y ven si quieres, pero nada jures.

Todas las noches te veo

(LXXXVI de Gotas de Ajenjo)

¡Todas las noches te veo
Y hablo contigo y te toco
Y te abrazo como un loco,
Te acaricio y te poseo!

Sin embargo, estás cautiva
En una tumba desierta
¿Qué me importa que estés muerta,
Si en mis sueños estás viva?

Tú no sabes amar

(X de Gotas de Ajenjo)

Tú no sabes amar: ¿acaso intentas
Darme calor con tu mirada triste?
El amor nada vale sin tormentas,
Sin tempestades el amor no existe.

Y sin embargo, ¿dices que me amas?
No, no es amor lo que hacia mí te mueve;
El Amor es un sol hecho de llama,
Y en los soles jamás cuaja la nieve.

¡El amor es volcán, es rayo, es lumbre,
Y debe ser devorador, intenso,
Debe ser huracán, debe ser cumbre
Debe alzarse hasta Dios como el incienso!

Pero tú piensas que el amor es frío;
Que ha de asomar en ojos siempre yertos,
Con tu anémico amor anda, bien mío,
Anda al osario a enamorar los muertos.

Tus ojos

I
Ojos indefinibles, ojos grandes,
Como el cielo y el mar hondos y puros
Ojos como las selvas de los Andes;
Misteriosos, fantásticos y oscuros.

II
Ojos en cuyas místicas ojeras
Se ve el rastro de incógnitos pesares,
Cual se ve en la aridez de las riberas
La huella de las ondas de los mares.

III
Miradme con amor, eternamente,
Ojos de melancólicas pupilas,
Ojos que semejáis bajo su frente,
Pozos de aguas profundas y tranquilas.

IV
Miradme con amor, ojos divinos,
Que adornáis como soles su cabeza,
Y encima de sus labios purpurinos,
Parecéis dos abismos de tristeza.

V
Miradme con amor, fúlgidos ojos,
Y cuando muera yo, que os amo tanto
Verted sobre mis lívidos despojos,
El dulce manantial de vuestro llanto.

¿Ves esa vieja?

¿Ves esa vieja escuálida y horrible?
Pues oye; aunque parézcate imposible,
Fue la mujer más bella entre las bellas;
El clavel envidió sus labios rojos,
Y ante la luz de sus divinos ojos
Vacilaron el sol y las estrellas.

Y hoy, ¿quién puede quererla? ¿Quién un beso
Podrá dejar en su semblante impreso?
¡Yo!, me dijo el extraño que me oía
Yo que por ella en la existencia lucho,
Que soy feliz cuando su voz escucho
¡Esa vieja es la hermosa madre mía!

Visión

¿Eres un imposible? ¿Una quimera?
¿Un sueño hecho carne, hermosa y viva?
¿Una explosión de luz? Responde, esquiva
Maga en quien encarnó la primavera.

Tu frente es lirio, tu pupila hoguera,
Tu boca flor en donde nadie liba
La miel que entre sus pétalos cautiva
Al colibrí de la pasión espera.

¿Por qué sin tregua por tu amor suspiro,
Si no habré de alcanzar ese trofeo?
¿Por qué llenas el aire que respiro?

En todas partes te halla mi deseo:
Los ojos abro y por doquier te miro;
Cierro los ojos y entre mí te veo.

Y no temblé al mirarla

Todo nos llega tarde... ¡hasta la muerte!
Nunca se satisface ni alcanza
La dulce posesión de una esperanza
Cuando el deseo acósanos más fuerte.

Todo puede llegar: pero se advierte
Que todo llega tarde: la bonanza,
Después de la tragedia: la alabanza
Cuando ya está la inspiración inerte.

La justicia nos muestra su balanza
Cuando su siglos en la Historia vierte
El Tiempo mudo que en el orbe avanza;

Y la gloria, esa ninfa de la suerte,
Sólo en las sepulturas danza.
Todo nos llega tarde... ¡hasta la muerte!

Yo soy como esas olas gigantescas

(LXIII de Gotas de Ajenjo)

Yo soy como esas olas gigantescas
Que, sobre el lomo enorme
Del monstruo azul, se agitan y retuercen,
Y van rodando sin saber a dónde.

Yo soy como esas negras tempestades
Que obscurecen el orbe,
Y como inmensas furias desgredadas
Lloran mientras, los ámbitos recorren.

Yo soy como esos rudos huracanes
Que, en las oscuras noches,
Lanzan hondos quejidos lastimeros
En las arcadas de los anchos bosques.

Yo no sé qué pesares espantosos
El corazón me roen,
Y a un mismo tiempo el alma me engrandecen
Y hacen que grite y me retuerza y lllore.

Y, sin embargo, ante el alegre mundo
Que mi mal no conoce,
Río y me apropio la frialdad que ostentan
Las estatuas de bronce.

Obra Poética de Julio Flórez

<http://www.casamuseojulioflorez.org/poema.php?id=80>

Cardos y lírios(24 poemas)

A mi madre

Astro del alma

Ave gris

De cabeza

Dulce veneno

En el salón

Fulminado

La gran tristeza

Mi tumba

Oro en polvo

Resurrecciones

Un diagnóstico

Al mar caribe

Aún

Castigo

Deshielo

En el cementerio

En la barca

Himno a la aurora

Lejos (Cardos y lírios)

Nana

Resonancias

Silencio santo

¡Abandonado!

Cesta de lotos(36 poemas)

A media Voz

Alondra

Arrullo

El bofetón

En alta mar

En la ausencia

Entonces

Estatua viva

Flor dañina

Limosna de amor

Mística

Natal

Ojos y Ojeras

Por siempre

Reto

Sueño dorado

Tus manos

Visión

Adivina

Amor inmortal

Cárcel perpetúa

El primer pétalo

En el río

En tu busca

Esquife Aéreo

Estela

Intima

Miosotis

Monotonías

Nieves y sombras

Pistilos

Quizás

Sol Blanco

Todo

Tus ojos

¡Oh mar!

De pié los muertos(26 poemas)

A Bélgica

A Grecia

A Rumania

Al Papa

Al Rey Alberto

Dice el 42

El avión

El submarino

Epílogo (De pié los muertos)

Joffre

La neutralidad

Oh Cristo

Prólogo (De pié los muertos)

A España

A Italia

Al Kaiser

Al pueblo alemán

Albión

Dios Mio!

El gran turco

El zeppelin

Francisco José

La guerra

Montenegro

Oh Francia!

Rusia

Flecha roja(1 poemas)

Flecha roja

Fronda lírica(4 poemas)

Altas Ternuras

Año Harmónico - Primavera

Año Harmónico - Estío

La araña

Gotas de ajenjo(2 poemas)

Humana

IX. Niña: ese pelo se cae

Manojo de zarzas(34 poemas)

?

A una novia

Apocalíptica

Caos

Deseo

El gran crimen

En el café

Errante

Imposible

Lejos

Petición

Rojo y blanco

Sonrisa de muerto

Todo nos llega tarde

Un caso

¡Jamáas!

¡Salud!

A una gitana

Al Tequendama

Así fue

De viaje

Desolación

En Cartagena

En marcha

Flor de sangre

Impotencia

Ley implacable

Pobre Juan

Semblanza

Sugestión

Última hoja

¡Calla!

¡Oh muerte!

¿Quién oye?

Oro y ébano(42 poemas)

A Bogotá

A la torre de Panamá (La antigua)

Canción

Candor

Décima

El barquero misterioso

El entierro de Lila
El poder del canto
En el monte
Introducción (Al poeta)
La desahuciada
La novia eterna
Las manos de mi madre
Los besos en los ojos
Ocaso y orto (vistos desde El Morro)
Paisaje de verano
Primera aurora
Regreso y adiós a la ciudad
Soneto
Tu alma
Tu pañuelo
A Colombia
A una niña
Canciones
Como las olas
Dos amarguras de distinta fuente
El canto del cisne
El hermano Jorge Pombo
En el divan
Estrellas
La balada inédita
La huri del pescador
La ondina
Lo que dirán los ángeles
Más allá
Ósculo tropical
Pordioseros de amor
Regreso al pasado
Solos
Sumersión
Tu cuerpo
iLejos! (Oro y ébano)

Poemas de Julio Flórez



CUANDO LEJOS, MUY LEJOS

Cuando lejos, muy lejos, en hondos mares,
en lo mucho que sufro pienses a solas,
si exhalas un suspiro por mis pesares,
mándame ese suspiro sobre las olas.

Cuando el sol con sus rayos desde el oriente
rasgue las blondas gasas de las neblinas,
si una oración murmuraras por el ausente,
deja que me la traigan las golondrinas.

Cuando pierda la tarde sus tristes galas,

y en cenizas se tornen las nubes rojas,
mándame un beso ardiente sobre las alas
de las brisas que juegan entre las hojas.

Que yo, cuando la noche tienda su manto,
yo, que llevo en el alma sus mudas huellas,
te enviaré, con mis quejas, un dulce canto
en la luz temblorosa de las estrellas.

HUMANA

Hermosa y sana, en el pasado estío,
murmuraba, en mi oído, sin espanto:
-Yo quisiera morirme, amado mío;
más que el mundo me gusta el camposanto.

Y de fiebre voraz bajo el imperio,
moribunda, ayer tarde, me decía:
-No me dejes llevar al cementerio...
¡Yo no quiero morirme todavía!

¡Oh señor... y qué frágiles nacimos!
¡Y que variables somos y seremos!
¡Si la tumba está lejos... la pedimos!
¡Pero si cerca está... no la queremos!

RESURRECCIONES

Algo se muere en mí todos los días;
la hora que se aleja me arrebató,
del tiempo en la insonora catarata,
salud, amor, ensueños y alegrías.

Al evocar las ilusiones mías,
pienso: "¡yo, no soy yo!" ¿por qué, insensata,
la misma vida con su soplo mata
mi antiguo ser, tras lentas agonías?

Soy un extraño ante mis propios ojos,
un nuevo soñador, un peregrino
que ayer pisaba flores y hoy... abrojos.

Y en todo instante, es tal mi desconcierto,
que, ante mi muerte próxima, imagino
que muchas veces en la vida...he muerto.

RETO

Si porque a tus plantas ruedo
como un ilota rendido,
y una mirada te pido
con temor, casi con miedo;
si porque ante ti me quedo
extático de emoción,
piensas que mi corazón
se va en mi pecho a romper
y que por siempre he de ser
esclavo de mi pasión;
¡te equivocas, te equivocas!,
fresco y fragante capullo,
yo quebrantaré tu orgullo
como el minero las rocas.
Si a la lucha me provocas,
dispuesto estoy a luchar;
tú eres espuma, yo mar
que en sus cóleras confía;
me haces llorar; pero un día
yo también te haré llorar.

Y entonces, cuando rendida
ofrezcas toda tu vida
perdón pidiendo a mis pies,
como mi cólera es
infinita en sus excesos,
¿sabes tú lo que haré en esos
momentos de indignación?

¡Arrancarte el corazón
para comérmelo a besos!

DESHIELO

Nunca mayor quietud se vio en la muerte;
ni frío más glacial que el de esta mano
que tú alargaste al espirar, en vano
y que cayó en las sábanas, inerte.

¡Ah... yo no estaba allí! Mi aciaga suerte
no quiso que en el trance soberano,
cuando tú entrabas en el hondo arcano,
yo pudiera estrecharte... y retenerte.

Al llegar, me atrajeron tus despojos;
cogí esa mano espiritual y breve
y la junté a mis labios y a mis ojos...

Y en ella, al ver mi llanto que corría,
pensé que aquella mano hecha de nieve
en mi boca al calor... se derretía.

BODA NEGRA

Oye la historia que contóme un día
el viejo enterrador de la comarca:
era un amante a quien por suerte impía
su dulce bien le arrebató la parca.

Todas las noches iba al cementerio
a visitar la tumba de la hermosa;
la gente murmuraba con misterio:
es un muerto escapado de la fosa.

En una horrenda noche hizo pedazos
el mármol de la tumba abandonada,
cavó la tierra... y se llevó en los brazos
el rígido esqueleto de la amada.

Y allá en la oscura habitación sombría,
de un cirio fúnebre a la llama incierta,
dejó a su lado la osamenta fría
y celebró sus bodas con la muerta.

Ató con cintas los desnudos huesos,
el yerto cráneo coronó de flores,
la horrible boca le cubrió de besos
y le contó sonriendo sus amores.

Llevó a la novia al tálamo mullido,
se acostó junto a ella enamorado,
y para siempre se quedó dormido
al esqueleto rígido abrazado.

IDILIO ETERNO

Ruge el mar, y se encrespa y se agiganta;
la luna, ave de luz, prepara el vuelo
y en el momento en que la faz levanta,
da un beso al mar, y se remonta al cielo.

Y aquel monstruo indomable, que respira
tempestades, y sube y baja y crece,
al sentir aquel ósculo, suspira...
¡y en su cárcel de rocas... se estremece!

Hace siglos de siglos, que, de lejos,
tiemblan de amor en noches estivales;
ella le da sus límpidos reflejos,
él le ofrece sus perlas y corales.

Con orgullo se expresan sus amores

estos viejos amantes afligidos:
ella le dice "¡te amo!" en sus fulgores,
y él prorrumpe "¡te adoro!" en sus rugidos.

Ella lo duerme con su lumbre pura,
y el mar la arrulla con su eterno grito
y le cuenta su afán y su amargura
con una voz que truenan en lo infinito.

Ella, pálida y triste, lo oye y sube,
le habla de amor en su celeste idioma,
y, velando la faz tras de la nube,
le oculta el duelo que a su frente asoma.

Comprende que su amor es imposible,
que el mar la copia en su convulso seno,
y se contempla en el cristal movable
del monstruo azul, donde retumba el trueno.

Y, al descender tras de la sierra fría,
le grita el mar: "¡En tu fulgor me abraso!
¡no descendas tan pronto, estrella mía!
¡estrella de mi amor, detén el paso!

¡Un instante mitiga mi amargura,
ya que en tu lumbre sideral me bañas!
¡no te alejes!... ¿no ves tu imagen pura,
brillar en el azul de mis entrañas?"

Y ella exclama, en su loco desvarío:
"¡Por doquiera la muerte me circunda!
¡Detenerme no puedo monstruo mío!
¡Compadece a tu pobre moribunda!

Mi último beso de pasión te envió;
¡mi postrer lampo a tu semblante junto!..."
y en las hondas tinieblas del vacío,
hecha cadáver, se desploma al punto.

Entonces, el mar, de un polo al otro polo,
al encrespar sus olas plañideras,

inmenso, triste, desvalido y solo,
cubre con sus sollozos las riberas.

Y al contemplar los luminosos rastros
del alba luna en el oscuro velo,
tiemblan, de envidia y de dolor, los astros
en la profunda soledad del cielo.

¡Todo calla!... el mar duerme, y no importuna
con sus gritos salvajes de reproche;
y sueña que se besa con la luna
¡en el tálamo negro de la noche!.

LA ARAÑA

Entre las hojas de laurel, marchitas,
de la corona vieja,
que en lo alto de mi lecho suspendida,
un triunfo no alcanzado me recuerda,
una araña ha formado
su lóbrega vivienda
con hilos tembladores
más blancos que la seda,
donde aguarda a las moscas
haciendo centinela
a las moscas incautas
que allí prisión encuentran,
y que la araña chupa
con ansiedad suprema.

He querido matarla:
Mas... ¡imposible! Al verla
con sus patas peludas
y su cabeza negra,
la compasión invade
mi corazón, y aquella

criatura vil, entonces,
como si comprendiera
mi pensamiento, avanza
sin temor, se me acerca
como queriendo darme
las gracias, y se aleja .
después, a su escondite
desde el cual me contempla.

Bien sabe que la odio
por lo horrible y perversa;
y que me alegraría
si la encontrara muerta;
mas ya de mí no huye,
ni ante mis ojos tiembla;
un leal enemigo
quizás me juzga, y piensa
al ver que la ventaja
es mía, por la fuerza,
¡que no extinguiré nunca
su mísera existencia!

En los días amargos
en que gimo, y las quejas
de mis labios se escapan
en forma de blasfemias,
alzo los tristes ojos .
a mi corona Vieja,
y encuentro allí la araña,
la misma araña fea
con sus patas peludas
Y su cabeza negra,
¡como oyendo las frases
que en mi boca aletean!

En las noches sombrías
cuando todas mis penas
como negros vampiros
sobre mi lecho vuelan,
cuando el insomnio pinta
las moradas ojeras,
y las rojizas manchas

en mi faz macilenta,
me parece que baja
la araña de su celda,
y camina y camina...
y camina sin tregua
por mi semblante mustio
hasta que el alba llega.
¿Es compasiva? ¿Es mala?
¿Indiferente? Vela
mi sueño, y, cuando escribo,
silenciosa me observa.
¿Me compadece acaso?
¿De mi dolor se alegra?
¡Dime quién eres, monstruo!
¿En tu cuerpo se alberga
un espíritu? Dime:
¿Es el alma de aquella
mujer que me persigue,
todavía, aunque muerta?
¿La que mató mi dicha
y me inundó en tristeza?

Dime: ¿Acaso dejaste
la vibradora selva,
donde enredar solías,
tus plateadas hebras,
en las obscuras ramas
de las frondosas ceibas,
por venir a mi alcoba,
en el misterio envuelta,
como una envidia muda,
como una viva mueca?
¡Te hablo y tú nada dices,
te hablo y no me contestas!
¡Aparta, monstruo, huye
otra vez, a tu celda!

Quizás mañana mismo,
cuando en mi lecho muera,
cuando la ardiente sangre
se cuaje entre mis venas

y mis ojos se enturbien,
tú, alimaña siniestra,
bajarás silenciosa
y en mi obscura melena
formarás otro asilo,
formarás otra tela,
sólo por perseguirme
¡hasta en la misma huesa!

¡Qué importa!... nos odiamos,
pero escucha: no temas,
no temas por tu vida,
¡es toda tuya, entera!
¡Jamás romperé el hilo
de tu muda existencia!
Sigue viviendo, sigue,
pero... ¡oculta en tu cueva!
¡No salgas! ¡No me mires!
No escuches más mis quejas,
ni me muestres tus patas,
¡ni tu cabeza negra!...
Sigue viviendo sigue,
inmunda compañera,
entre las hojas de laurel marchitas
de la corona vieja,
que en lo alto de mi lecho suspendida
¡un triunfo, no alcanzado, me recuerda!

APOCALÍPTICA

Y me senté en el carro de la sombra,
presa del más horrendo paroxismo,
y comencé a rodar sobre una alfombra,
formada por el cosmos del abismo.

y abarqué el infinito en una sola
mirada, llena de fulgor intenso...
y vi del tiempo la gigante ola

rodar al precipicio de lo inmenso.

Y vi la eterna procesión de mundos,
a través de mi loco desvarío,
rodar por dos ignotos y profundos
senos inescrutables del vacío.

y llamé a Dios, con penetrante acento,
con un acento penetrante y hondo,
que atravesó, rasgando el firmamento,
sin encontrar del firmamento el fondo.

Mas, nadie respondiome. En mi agonía,
-¿En dónde estás...? -grité de nuevo- ¿En dónde...?
Pasó la pesadilla. Hoy todavía
lo llamo y todo inútil: no responde.

LA BALADA INÉDITA

Sentado en una piedra del camino,
y como presa de pesar tremendo,
una tarde cantaba un peregrino
una canción que me quedó doliendo.

Una canción que el alma me penetra
como un escalofrío, una balada
rebosante de hiel: triste es su letra,
pero es mucho más triste su tonada.

El sol iba a morir. Un rojo lampo
de su luz, como un luengo hilo de seda,
se enredaba en los árboles del campo
y sangraba en la frente de Aeda.

Llegueme al trovador desconocido,
y emocionado preguntéle: ¿en dónde
aprendiste ese canto tan sentido
que a mi clamor parece que responde?

y él contestóme con acento blando,
con un acento musical: Os digo
que lo aprendí no sé dónde ni cuándo
porque, a decir verdad, nació conmigo.

Ese canto en mi ruta es mi alegría:
refresca mi fatiga y mi quebranto;
cuando a hablar comencé... ya lo sabía,
y desde entonces sin cesar lo canto.

De mi orquesta interior él es un eco
que hago sonar en la tardina calma,
y que al salir por el oscuro hueco

de mi boca glacial, me alivia el alma.

Con él recorro el mundo paso a paso,
y siempre en los parajes campesinos,
me gusta, cuando el sol baja a su ocaso,
cantarlo en la quietud de los caminos.

¿Quién eres?, pregunté. Y él dijo:

-El viejo camarada mejor del Desengaño,
nunca a los hombres de acercarme dejo,
y aunque ellos no me ven... los acompaño.

Yo soy el acicate, soy el grito
que se escapa del labio moribundo,
el ay! que repercute en lo infinito,
el verdadero emperador del mundo.

Yo elevo los espíritus, yo arranco
del humano fangal los corazones,
y purifico en el incienso blanco
que arde en mi pecho, todas las pasiones.

Gloria soy de los mártires; sus nombres
viven por mí; yo pongo los cilicios,

yo atormento la carne de los hombres
soy el padre de todos los suplicios.

Yo doy alas al genio, fuerza al justo,
esperanzas a todos los anhelos;
por mí, solo por mí, subió el Augusto
Redentor desde el Gólgota a los cielos.-

El rapsoda calló. Yo lo miraba.
Entre una nube de melancolía;
su corazón como bullente lava
a través de su pecho se encendía.

Su frente era muy blanca, su mejilla
honda, muy honda, sus cabellos canos;
de ébano y oro -excelsa maravilla-
columpiaba una cítara en sus manos.

Como dos claros pozos de tranquilas aguas
en cuencos de marmórea roca,
se remansaba el llanto en sus pupilas
sobre el rictus amargo de su boca.

Aquel hombre... ¿quién era? ¿Acaso un loco?

-¿Te llamas?, pregunté, y el peregrino:

-Soy el dolor-, me dijo, y poco a poco
se alejó en las revueltas del camino.

Marchó de cara al moribundo día,
hacia el lejano resplandor postrero,
y a manera de sol que se moría,
su planta iba sangrando en el sendero.

Abrió la noche su portal; los astros
comenzaron a hervir y un gran lucero
lloró su luz sobre los tibios rastros
del muerto sol y del senil viajero.

Pronto la luna apareció, serena,
sobre un picacho de la curva andina,
y una lechuza desgranó su pena
desde el roto esqueleto de una encina.

¡Allí quedéme estático y suspenso,
sin saber de mí nada; al otro día
pensé en el peregrino, y en él pienso
a través de los años todavía!

A MIS CRÍTICOS

Si supiérais con qué piedad os miro
y cómo os compadezco en esta hora.

En medio de la paz de mi retiro
mi lira es más fecunda y más sonora.

Si con ello un pesar mayor os causo
y el dedo pongo en vuestra llaga viva,
sabed que nunca me importó el aplauso
ni nunca me ha importado la diatriba.

¿A qué dar tanto pábulo a la pena
que os produce una lírica victoria?
Ya la posteridad, grave y serena,

al separar el oro de la escoria
dirá cuando termine la faena,
quien mereció el olvido y quien la gloria.

MARTA

En el islote de la azul laguna
(hoy extinta) del parque abandonado
de una antigua ciudad, solo y callado,
hallé un mancebo (un loco acaso) en una

noche glacial en que la blanca luna
subía por un cielo encresponado,
tras un airón de niebla, inmaculado,
como el velo sutil de regia cuna.

Con la frente en la mano, y con el codo
apoyado en un árbol, contemplaba
el parque lleno de hojarasca y lodo.

De pronto irguióse, y, sin temor ni traba,
les habló á las estrellas de este modo,
alzando al cielo su cabeza brava:

II

«¡Estrellas que radiáis en las tranquilas
soledades caóticas y eternas
del vasto azul! -¡Fantásticas lucernas
del gran negro!- ¡quiméricas pupilas

de la noche sin fin! -¡Rubias sibilas
del destino del orbe! ¡Albas linternas
que alumbráis de la sombra las cavernas,
en grupos áureos y en errantes filas!

¡Vosotras, que escuchasteis mi postrera
despedida... mi adiós á la hechicera niña
que os usurpó vuestros fulgores!

¡Decidme, en dónde está la candorosa
flor de mis sueños! ¡La celeste rosa
que perfumó el altar de mis amores!

III

Cuanto mi vista en derredor abarca,

mudo y deshecho está; y, en mi supremo
dolor, oír, entre las sombras, temo
su reproche... ¡y la risa de la Parca!

Muerte y Olvido, su indeleble marca
dejaron al pasar: en un extremo
del islote, se pudre el largo remo;
y, cerca de él, ¡disgrégase la barca!

¡La linda barca en que los dos, a solas,
cruzábamos alegres, y sin miedo,
el agua mansa sin espumas ni olas!

y en que, al oído, le cantaba, quedo,
aquellas gemebundas barcaroles
que quisiera olvidar... ¡y que no puedo!

IV

¡El agua existe del estanque apenas!
sécase el manantial! ¡El rudo banco
de hierro, yace allí, sobre el barranco
del islote, volcado en las arenas!

¡Oh, cuán lejos estáis, tardes serenas!
¡Auroras que la luz vistió de blanco!
¡Con qué dolor del ánimo os arranco,
dulces memorias de nostalgias llenas!

¡Como no tengo lágrimas y ansío
llorarla siempre más (porque la rota
fuente del llanto se extinguió), Dios mío!

Al sentir que mi llanto ya no brota,
me abrazo al banco aquel... y río, y río,
como un loco de atar... ¡como un idiota!

V

A mañana y a tarde la veía
en ese banco; y pura y temblorosa,

el fragante capullo de una rosa
blanca, recién tronchado, parecía.

Al sentarme a su lado, sonreía
con su sonrisa casta y misteriosa,
mientras que su mirada, luminosa,
los ámbitos azules recorría.

¡Ojos no he visto como aquellos ojos!
Ni he visto nunca labios como aquellos,
tan dulces, tan vibrantes y tan rojos!

¡Ni perfiles más pulcros ni más bellos!
¡Ni manojos de luz... cual los manojos
rubios de sus undívagos cabellos!

VI

Los redondos capullos de su seno,
-brotes de grana y de nevado armiño-
violentaban el raso del corpiño
que sujetaba su contorno heleno.

¡Con su triste mirar de Nazareno
y su sonrisa cándida de niño,
tras de sí se llevaba mi cariño:
todo este corazón... que ella hizo bueno!

Cuando hablaba, su voz era murmullo
de onda lustral, embriagador arrullo
jamás oído en el mundano suelo;

¡Yo, sus frases, a veces, no atendía,
sólo por escuchar la melodía
de su voz -canto que bajó del cielo!

VII

¡Ah, sus manos!... ¡Sus manos transparentes,
hechas como de tibia porcelana,
lotos vivos que, a tarde y a mañana,

rociaba con mis lágrimas ardientes!

¡Manos alabastrinas, indolentes
a fuerza de ser gráciles; de arcana
modelación que al Hacedor ufana,
porque otras no hizo iguales!...

¡Manos de virgen pudorosa, manos
cuyos dóciles dedos como seda,
filtraban luz de pensamientos sanos!

¡Ya mi mano a sus manos no se enreda!
¡Lirios que consumieron los gusanos
y deshojó la Muerte... Nada queda!

VIII

Sus pies... Una mañana en que la aurora
en el cielo -sus oros derretía,
la encontré en el estanque; sumergía
sus pies bajo del agua tembladora.

Al sentirme llegar, más seductora
que nunca, irguiése la adorada mía;
y, llena de rubor, -yo no sabía...
me dijo- ¡vete!... ¡de llegar no es hora!

Entonces pude ver sus pies desnudos,
como ningunos otros adorables,
por lo blancos y tersos y menudos.

Caí de hinojos y exclamé: -¡no me hables!
y con mis labios, trémulos y mudos,
¡cubrí sus pies de besos inefables!

IX

Una tarde, una tarde sorprendíla
meditabunda, absorta y sonrojada;
fija en un árbol, de estos, la mirada;
al verla., preguntéme: -¿en qué cavila?

Húmeda por el llanto su pupila
inmóvil, reluciente y dilatada;
parecía una estrella aprisionada
en un rincón de cielo -color lila.

Poco a poco, acerquéme, sin rüido,
ansiendo descifrar de sus anhelos
la misteriosa clave... y, -confundido

quedé, al alzar los ojos a los cielos;
porque... ¿sabéis lo que miraba?,- ¡un nido,
en el cual se besaban dos polluelos!

X

Era toda inocencia; ¡qué de asombro
me causaban sus raras candideces!
No esquivaba mis labios... ¡Cuántas veces
me adormecí sobre su frágil hombro!

Entonces como flor bajo un escombros,
entregábase a ignotas languideces,
y a Dios alzaba sus sentidas preces,
como las alzo yo... ¡cuando la nombro!

Una vez, bajo una alba esplendorosa
en que los horizontes dilatados
se impregnaban de azul, de oro y de rosa,

con ojos muy abiertos y admirados,
de repente exclamó: -dime una cosa...
¿por qué se ocultan los recién casados...?

XI

Ante aquella pregunta tan extraña,
me sonrojé... porque encontrar, al punto,
no pude una respuesta; y, cejijunto,
pensé: esta niña singular... ¿me engaña?

Sonreí solamente, y, con gran maña,
hablé de algo distinto... de otro asunto;
mas ella -¡dime ya lo que pregunto!
murmuró medio triste y medio huraña.

Entonces se aumentó mi desconcierto;
y sus mejillas cándidas e ilesas,
y su labio, jugoso y entreabierto,

besé... y ella, agregó: -¿no me confieras
la verdad? ¿no será... (¡dime si acierto!)
para besarse... así... como me besas?

XII

Catorce años tenía, Una vez vino
muy pálida y muy seria, y -¡yo me muero!
sollozando, me dijo: -¡Sólo quiero
que no me dejes sola en el camino!

Sé que te vas... ¡lo manda tu destino!
¡Pero...no! ¡Tú serás mi prisionero!
¡Oh, no te vayas!... ¡Corazón de acero
no tienes tú... ni corazón mezquino!

Estoy enferma... sufro ... algo me ahoga
aquí... (me dijo, señalando el cuello)
siento como el abrazo de una sogá!...

Y yo quiero vivir... ¡todo es tan bello!...
¡Todo!... y ya ves: ¡hacia la muerte boga
mi pobre barca! -¡Y se mesó el cabello!

XIII

¡El gran manto de oro, el dúctil manto
onduloso y fragante de su pelo,
rodó, a manera de dorado velo,
sobre la pedrería de su llanto!

-¿Por qué hablas de morir?... ¡no es para tanto!

que, si voy a ausentarme de este suelo,
yo volveré... ¡lo juro por el cielo!
- le dije, presa de mortal quebranto.-

De su boca en el cáliz encendido,
mi boca, siempre de la suya esclava,
posóse, entonces, como en rojo nido.

En tanto que una lágrima rodaba
por el encaje azul de su vestido,
¡como una gota de candente lava!

XIV

Era imposible detenerme; grave
misión iba a apartarme, de improviso,
de aquella flor del cielo; era preciso
partir al punto, y regresar.... ¡quién sabe!

En el lejano puerto ya la nave
me esperaba. ¡Tremendo compromiso!
¡Por cumplir un deber, el paraíso
dejar, y huir como del nido el ave!

Lento caía el gran crespón nocturno.
Marta gemía; de su llanto el fuego
¡me quemaba la boca!.... El taciturno

cielo, callaba; entonces, poco a poco,
fuíme apartando de sus brazos.... Luego,
¡huí, despavorido, como un loco!

XV

¡Aún escucho el lastimero grito
que se arrancó de su garganta! El hondo
¡ay! de dolor, que resonó en el fondo
de mi ser.... ¡y perdióse en lo infinito!

¿Por qué no regresé? ¿Por qué, ¡maldito
de mí!... triunfante, como ayer, no escondo

mi ardiente; faz entro su pelo blondo?
¡Yo la maté!... ¡Qué infame mi delito!

La noche se espesaba. Mi cabeza
ardía como un horno; ¡mis pupilas
goteaban!... Un soplo de tristeza

¡me congelaba el corazón! Desierto
estaba todo: negras y tranquilas
las calles... ¡Subí al tren que iba hacia el puerto!

XVI

Hundí la yerta faz en mi pañuelo,
y, embozado en su trágica negrura,
me acompañó a llorar mi desventura,
¡con sus frías lágrimas, el cielo!

De tal modo, invadióme el desconsuelo,
que me sentí morir... y, en mi amargura,
pensé que era una errante sepultura
el tren, que hacía retemblar el suelo.

Cerré entonces los ojos para verla
mejor aún en mi interior. El día,
¡llegó anegado en su fulgor de perla!

y, el radiar de mi llanto en los raudales,
pude ver que, conmigo, el alba fría,
¡lloraba del vagón en los cristales!

XVII

Después... ni el mar, ni el horizonte nuevo,
ni la atmósfera azul, ni la espumante
onda con su rumor, ni el ave errante,
ni las puestas purpúreas del rey Febo,

la dulce imagen que en el alma llevo,
lograron alejar un solo instante.
¡Cuán tardo el tiempo! En mi impaciencia amante,

¡una hora, era un siglo! ¡Un día, un evo!

Cuando alguna piadosa golondrina,
cruzaba, alegre, la extensión marina,
quizás en busca de su antiguo alero,

yo la decía: -¡escucha, ave sagrada!...
si, al volver a tu hogar, ves a mi amada,
¡dile que sufro... y que por ella muero!

XVIII

Llegué... Una noche recibí una carta
que decía: “Ven pronto, ¡te lo mando!
¡No me dejes sufrir!... Me está matando
tu ausencia... ¡ven a consolarme! -Marta”.

Otra decía: «¡Ingrato! no se aparta
tu imagen de mi ser; de cuando en cuando,
voy al islote y... ¡vuelvo sollozando!...
¡Sola!... ¡No hay nadie que mi mal comparta!

¡Todo está triste, todo!... ¡si supieras!
¡El estanque se agota! De los nidos
huyeron ya las aves vocingleras!

Dime, ¿hasta ti no llegan los latidos
de mi doliente corazón?... ¿qué esperas?
¡Ven!... Soy una mujer... ¡toda gemidos!»

XIX

Y he vuelto, ¡sí! La ola de la suerte
me empujó, sin cesar, de una a otra parte;
he vuelto... pero ¿a qué? -¡Sólo á llorarte,
rosa de amor que deshojó la muerte!

El pesar te mató: cobarde y fuerte,
hirió tu corazón -débil baluarte
que al fin rindióse- Vine por salvarte,
¡y sólo encuentro tu despojo inerte!

¡Y no pude llorar! y yo que ansío
llorar hasta morir... (como la rota
fuente del llanto se extinguió) ¡Dios mío!

Al sentir que mi llanto ya no brota,
me abrazo al banco aquél... ¡y río, y río,
como un loco de atar... como un idiota!

XX

¡Estrellas que me oís desde la oscura
profundidad del infinito cielo!
Respondéme: era un ángel... ¿y alzó el vuelo?
o era una estrella... ¿y regresó a la altura?

¿En dónde está la mística criatura
que un instante detúvose en el suelo,
por derramar amor, paz y consuelo,
en esta alma repleta de amargura?

¿En dónde está?... Si me la habéis robado
para hacerla lucir en vuestro coro,
¡devolvédmela ya! ¡Ved mi agonía!

O, al menos, destrenzad vuestro peinado,
que yo sabré, por el caudal de oro,
cual de vosotras es... ¡la estrella mía!

XXI

La estrella que alumbró, como en un sueño,
el dormido remanso de mis horas;
¡Oh, mis tardes de amor! ¡Oh, mis auroras!
¡Oh, mi radiante porvenir risueño!

¿En dónde estáis?... ¡Si mi amoroso empeño
no basta a reviviros! ¡Si traidoras
garras te hieren, corazón... y lloras!
¡Si ya no soy de sus encantos dueño...!

¡Venga la Muerte y corte su guadaña,
a un tiempo, mi existencia maldecida
y este inmenso dolor que me acompaña!

¡Con su beso glacial... cierre mi herida
honda y sangrienta, la que nunca engaña!
Ven, ¡oh Muerte... y arráncame la vida!

XXII

Calló el mancebo; y, con la faz helada
por la brisa nocturna, tristemente,
llegóse al banco, mudo confidente
que gozó el dulce peso de la amada.

Absorto le seguí con la mirada
a través de las hojas; de repente,
postróse de rodillas, y, doliente,
de su boca brotó una carcajada.

Yo, respetar queriendo sus querellas,
por las calles del parque medio oscuras,
torné, siguiendo mis recientes huellas.

¡Alcé los ojos! y, ¡radiantes, puras,
me pareció que toda las estrellas
¡lloraban de dolor en las alturas!

FUEGO Y CENIZA

Y llegué a mi aposento. De la orgía,
vibraba aún, en mi cerebro ardiente,
la estruendosa y horrenda algarabía.
Y con el alma sorda y con la frente
en sudor copiosísimo empapada,
me desplomé en el lecho de repente.
Hundí, absorto, en mí mismo la mirada;

vi, en mi interior, al crimen en acecho...
y ansié la muerte; apetecí la nada.
y clavando las uñas en mi lecho,
sentí que resbalaban de mis ojos,
lágrimas de dolor sobre mi pecho.
Saciados y extinguidos mis antojos,
no veía, en la negra lontananza,
más que una senda pródiga en abrojos.
En donde ni un presagio de bonanza
se entreveía, ni una lisonjera
señal de luz, ni un iris de esperanza.
Deshojábame en plena primavera,
en demanda de un lampo de ventura,
de una sola ilusión... ¡de una siquiera!
¡Oh, que triste es gozar... y entre la obscura
caverna del fastidio rodar luego,
víctima del horror y la amargura!
Y ver que todo es vano: el grito, el ruego,
la blasfemia brutal y dolorida,
y hasta las mismas lágrimas de fuego.
El vértigo sentir de la caída,
y tener, en un rapto de demencia,
que odiar a Dios... y aborrecer la vida.
Mirar las propias flores sin esencia,
y, al pensar devolverlas sus olores,
todo el hielo sentir de la impotencia.
y al cabo, de la orgía en los horrores,
buscar un lenitivo a los pesares,
y ver... que allí más crecen los dolores.
Que de la pena los revueltos mares,
rugen más y se encrespan con más brío,
entre risas y gritos y cantares.
Y al fin la displicencia del hastío
entra en el corazón y en hora aciaga
el yerto corazón... muere de frío.
Viene el remordimiento -oculta llaga-
que corroe y corroe y corroyendo,
parece que el espíritu se traga.
Y en el trágico vórtice cayendo
de la desolación, el alma muda,
¡ay! sin querer morir, se va muriendo.

¿Qué fuerza poderosa hay que sacuda,
entonces, esta angustia horripilante,
que arraiga en nuestro ser pérfida y ruda?
¡Ninguna! El infortunio sale avante,
mientras la lividez y el desconsuelo,
muestran en nuestro lúgubre semblante.
Cubre nuestra pupila acuoso velo,
y, al levantar los ojos empañados,
nada se ve del prometido cielo.
Así pensaba (¡oh, tiempos ya pasados!)
A mi oído llegaban, desde lejos,
los últimos rumores acallados...
Entonces, olvidando los consejos
maternales, saqué una fina daga
que en el aire trazó vivos reflejos.
Como el postrer celaje que se apaga
en el ocaso, envuelta en una onda
de dulce claridad trémula y vaga,
penetró en mi aposento, blanca y blonda,
una mujer de celestiales ojos
y de mirada compasiva y honda.
Acercóse; y, postrándose de hinojos,
la más pura de todas las sonrisas,
abrió el capullo de sus labios rojos.
Nunca el ala vibrante de las brisas,
tuvo el perfume que su blando aliento
derramó entre las sombras indecisas
que empezaban a entrar en mi aposento:
¡Ay! me parece aún que su respiro
y que su soplo embalsamado siento.
Me parece que atónito la miro,
y que su seno, mórbido y convulso, .
brota el hálito amante de un suspiro.
No sé que noble y vigoroso impulso
me empujó hacia la hermosa; un fuego extraño,
devorador, aceleró mi pulso...
Tendí mis brazos... ¡Ay! ¿el desengaño,
en ese instante, como siempre iba
a dejarme en el alma un nuevo daño?
Contuve mi amorosa tentativa,
y mi ardor reprimí... pero ya estaba

ella, en mis brazos trémulos, cautiva
-¡No, déjame dormir! -la dije- acaba
¡oh, visión tentadora! ¡Huye, quimera!
¡Aléjate de mí! -Mientras hablaba,
como el manto de un sol de primavera,
sobre mi frente pálida, caían
los bucles de su blonda cabellera.
Se cerraban sus ojos y se abrían
taciturnos, en tanto que sus manos
en mi boca las frases detenían.

-¡Oye! -exclamó- tormentos soberanos
hoy subyugan tu ser... pero no importa,
los sueños de tu amor... no están lejanos.

Yo te daré la calma que conforta;
yo te daré la luz... La vida es buena
para aquél que la sufre y la soporta.
Yo que siempre la tuya he visto llena
de martirios, angustias y congojas,
con la playa de infecunda arena,
más dichas te daré, que verdes hojas
los árboles frondosos a los nidos,
y la tarde, al ocaso, nubes rojas.
Tuyos son mis encantos, mis sentidos,
y mi espíritu, terso como el lago
donde se ven los cielos escondidos.
y tú, tan sólo me darás en pago
de mi infinito amor, tu amor eterno.

(¡Amor! ¡única fuente en que me embriago!)

Yo rasgaré las brumas del invierno
que hay en tu corazón... y en paraíso
transformaré tu prematuro infierno.

Escúchame; no temas; es preciso
que aparte las espinas de tu senda
y te aliente en la lucha. ¡Dios lo quiso!

Yo romperé la tenebrosa venda
que tus párpados cubre; a donde vayas
iré contigo a levantar mi tienda.

Visitaremos cumbres, mares, playas,
y un refugio hallarás sobre mi seno,
si es que en el arduo batallar desmayas.

Suelta, suelta la copa de veneno

que te brinda en sus vértigos la orgía,
y ven conmigo a espacio tan sereno.
Calló un instante, y, pura como el día,
inundó el resplandor de su mirada,
el yermo campo de la frente mía.
y luego continuó: -Yo sé que cada
palabra dulce que mi labio brota,
tú no la escuchas... ¡oh, desventurada!
y al decir esto, no gota tras gota,
sino a raudales se escapó su llanto,
como la sangre de la arteria rota.
Mi mano ardía entre la suya, en tanto...
que sus miradas, de ternuras llenas,
reflejaban su amor y su quebranto.
-¡No, déjame dormir! -la dije apenas;
y retiré su mano, más pulida
y blanca que las blancas azucenas.
Ella, ante mi reproche, confundida,
inclinó fatalmente la cabeza
sobre su pecho, como garza herida.
¡y en sus ojos -abismos de tristeza-
lágrima esquiva se quedó, como una
gota de luz de celestial pureza.
-Perdóname- exclamó -¡Cuán importuna
he sido, infame suerte! Pero sabe
que yo te adoraré como ninguna.
Era su voz, dulcísima y suave,
como la triste queja vibradora
que alza en su nido destrozado, el ave.
y aquella última gota tembladora,
resbaló por su faz, como el rocío
por el cendal purpúreo de la aurora.
De pronto, con más ímpetu y más brío
se abalanzó sobre mi cuerpo, hermosa,
como el astro que fulge en el vacío.
y estrechando con fuerza poderosa
mis manos indolentes en las suyas
hechas como de pétalos de rosa,
exclamó tiernamente: -Si son tuyas,
mi alma y mi carne y mi belleza rara,
no es justo... no, ¡que de mis brazos huyas!

Si me siguieras tú, ¡cómo te amara!
Y, al hablarme, así, loca de entusiasmo,
era una flor de lágrimas su cara.
-Deja, deja ese sórdido marasmo;
-continuó- ya verás cómo haré trizas
de tu suerte el fatídico sarcasmo.
Dime, ¿por qué tus dedos no deslizas
por mis bucles copiosos... y me besas?
¿Por qué la hoguera de mi amor no atizas?
¿No te bastan mis múltiples promesas,
ni este ósculo quemante que te imprimo,
capaz de hacer tu corazón pavesas?
¡Ah, no me escuchas... y a tu lado gimo
Sin esperanza y Sin pensar acaso,
que con mis rudos besos te lastimo!
Y este fuego espantoso en que me abraso,
te hace mal... ¡mucho mal! -Irguióse altiva,
y dio, hacia atrás y hacia la puerta, un paso.
Después, como esperando una expresiva
frase amorosa de mi labio mudo,
anhelante, quedóse pensativa.
Yo, que sentía en la garganta un nudo,
callé, mientras mis ojos, mal cerrados,
devoraban la carne del desnudo
cuello de aquella virgen de dorados rizos,
y boca de granada abierta,
y ojos como luceros incendiados.
Mas, ella, entonces, cabizbaja, incierta,
se alejó más de mí... luego afanosa,
la mano puso en la entornada puerta.
y doliente, a la par que desdeñosa,
-¡Adiós!- me dijo, con acento triste,
pálida como el mármol de una fosa.
-¡Adiós...! ¡Todo fue inútil! ¡No quisiste
ni mi amor ni mi vida... yo te hubiera
sacado del fangal en que caíste...!
Pero me has desechado... aunque quisiera
salvarte en este instante del abismo
en donde yaces... imposible fuera.
¡Adiós! ¡Adiós! Perdono tu egoísmo
-dijo, y salió. La noche derramaba,

por doquiera, su sombra y su mutismo.
De pronto, cual si hubiese un mar de lava
desbordado en mi mente, como un loco
me incorporé... mas ella, se alejaba...
se alejaba a manera de áureo foco
de luz, de clara luz... y se perdía
en la fosca tiniebla, poco a poco.
Corrí; llegué a su lado... Quién creería
que, al tocarla, creció mi desventura
y se hizo más intensa mi agonía.
Porque mi mano, lujuriosa y dura,
tan solo consiguió con su torpeza,
desgarrar su flotante vestidura.
¡Porque ella huyó, con toda su belleza,
dejándome un jirón immaculado
de su divina veste. Con tristeza
alcé los ojos: mudo y desolado
estaba el firmamento; ni una estrella .
en el vasto negror anubarrado
Solamente la rápida centella,
de cuando en cuando, al traspasar la bruma,
dejaba azul y fugitiva huella.
Yo, compungido, al ver que, como espuma,
disipándose había aquella maga,
cuyo recuerdo sin cesar me abrumba,
saqué otra vez la deslumbrante daga...
mas temblé de pavor... Lanzó un gemido
mi pecho -copa en que el dolor se embriaga.
y angustiado grité: -Tú que escondido
un tesoro de amor para mí guardas!
¡Tú, que me ofreces en tu seno un nido,
¡Ven! No vaciles. ¡Vuelve! ¿Por qué tardas?
¿No me ofreciste, en tu delirio, todo?
Mi voz subía hasta las nubes pardas.
-Perdóname -agregué-. Di, de qué modo
podré hacerte tornar... ¡Sálvame, ingrata,
ya que no de la vida, de su lodo!
Dime: ¿por qué tu sombra se recata
en la noche sin fin de mi camino?
¡ven... y mi pena inconsolable mata!
¡Sálvame! ¡Por piedad...! Un peregrino

del desierto, te busca y te desea,
como la playa el náufrago marino.
¡Ven! Que en tus ojos insondables vea
otra vez tu mirada soñadora
resplandecer como la luz febea.
Pensé fueras visión; -maldita hora
de embriaguez y de hastío...- Tu presencia
parecióme un fantasma... pero ahora
que siento que se aclara mi conciencia,
que te he visto partir... y que he aspirado
de tu cuerpo y tu espíritu la esencia,
no es justo, no, que lejos de tu lado,
me dejes, para siempre, en este mundo,
sin amor, sin virtud... ¡y abandonado!
Ni un acento en la noche: el vagabundo
viento quietaba su invisible rueca.
El silencio era trágico y profundo.
De repente, una voz, cascada y hueca,
oigo salir de mi aposento; giro
la vista ansiosa... y, como rama seca
de roble añoso, estupefacto miro
en el rincón revuelto de mi cama
una forma espectral; ¿sueño? ¿delirio?
Aquella sombra, con amor me llama;
también me ruega: -¡Ven, ven, eres mío!
¡Ven, acércate más... no temas! -clama.
¿Es un vampiro? ¿una mujer? Un frío
polar, mi mustio corazón allana.
Sin embargo, me acerco; desconfío
de mis ojos aún. Es una anciana
de ojos sin luz, de frente comprimida,
de boca escueta y cabellera cana.
La piel toca sus huesos; desvalida,
clava en mi rostro sus marchitos ojos
donde un resto no mas queda de vida.
Es un montón de míseros despojos:
rezago de un incendio, gajo seco
cubierto de cenizas y de abrojos.
Habla, y su aguda voz parece un eco
que en el cálido ambiente se congela,
porque, al salir, por el oscuro hueco

de su boca glacial, mi sangre hiela.
Cierro los ojos... ábrolos... No hay duda:
riendo está la misteriosa abuela.
-¡Ya no la imploras más -ronca y ceñuda
dice, al verme acercar- no ves que ahora,
ante tus ruegos, permanece muda?
Esa rara mujer, deslumbradora,
era «La Juventud...». ¡con qué impaciencia
te suplicó rendida! Haces bien: ¡llora...!
Mas, no la llames ya; de tu presencia
huyó... y no volverá con sus ternuras
a embalsamar tu lóbrega existencia.
¡No, ya no volverá! Las ligaduras
de sus brazos rompiste. En vano, en vano,
buscas ansioso sus miradas puras.
¡Ven...! Acércate más, ¡dame tu mano!
¡Ven...! ¡Yo soy «La Vejez!»». Para ti tengo
un resto de calor; mi beso es sano.
A consolar tus desventuras vengo
y me alargó, con ademán sombrío,
su débil brazo, desteñido y luengo.
y agregó impacientándose: -Me río
de tu desdén... si mi fealdad te aterra,
es tarde y todo estéril... Ya eres mío!
Aunque el cansancio en mi interior se encierra,
yo tendré para ti mimos extraños;
sólo te quedo yo sobre la tierra.
Yo sabré suavizar tus desengaños,
contándote la historia de la vida,
el proceso terrible de los años.
Incorporóse un poco, y, en seguida,
echó a mi cuello sus desnudos brazos;
y me besó su boca desabrida.
Entonces comprendí que aquellos lazos
quebrantar no podía. Era el destrozo
de mi ensueño... tan pronto hecho pedazos.
Hinchó mi pecho un fúnebre sollozo,
y caí desplomado ante la anciana
que se ciñó a mi ser... llena de gozo.
¡y ya su esclavo soy! Solo me afana
dormir el largo sueño de los muertos,

entrar en la gran noche del nirvana.
Porque hoy al ver, oscuros y desiertos,
sin una luz los horizontes míos,
ella me oprime entre sus brazos yertos,
y me humedece... con sus besos fríos.

¿EN QUÉ PIENSAS?

Dime: cuando en la noche taciturna,
la frente escondes en tu mano blanca,
y oyes la triste voz de la nocturna
brisa que el polen de la flor arranca;

cuando se fijan tus brillantes ojos
en la plomiza clámide del cielo...
y mustia asoma entre tus labios rojos
una sonrisa fría como el hielo;

cuando en el marco gris de tu ventana
lánguida apoyas tu cabeza rubia...
y miras con tristeza en la cercana
calle, rodar las gotas de la lluvia;

dime: cuando en la noche te despiertas
y hundes el codo en la almohada y lloras...
y abres entre las sombras las inciertas
pupilas como el sol abrasadoras;

¿en qué piensas? ¿en qué? ¡pobre ángel mío!
Piensas en nuestro amor despedazado
ya, como el junco al ímpetu bravío
del torrente que salta desbordado?

¿Piensas tal vez en las azules tardes
en que a la luz de tu mirada ardiente,
mis ojos indecisos y cobardes
posáronse en el mármol de tu frente?

¿O piensas en la hojosa enredadera
bajo la cual un tiempo te veía

peinar tu ensortijada cabellera,
al abrirse los párpados del día?

¡Quién sabe!... no lo sé, pero imagino
que en esas horas de aparente calma,
percibes mucha sombra en tu camino,
¡sientes muchas tristezas en el alma!

Mas... otro amante extinguirá tu frío,
yo sé que tu pesar no será eterno;
mañana vivirás en pleno estío...
y yo, con mi dolor... ¡en pleno invierno!

AÚN

Mil veces me engañó; más de mil veces
abrió en mi corazón sangrienta herida;
de los celos la copa desabrida
me hizo beber hasta agotar las heces.

Fue en mi vida, con todas sus dobleces,
la causa de mi angustia -no extinguida-
aunque, ¡pobre de mí! toda la vida
su mentiroso amor... pagué con creces.

Los tiempos han pasado; ya su boca
no me da sus caricias, ni me abrasa
el fuego de sus ósculos de loca;

¡y sin embargo mi pasión persiste...
pues, cuando a veces por mi senda pasa,
me alejo mudo... y cabizbajo... y triste!

FLORES NEGRAS

Oye: bajo las ruinas de mis pasiones,

y en el fondo de esta alma que ya no alegras,
entre polvos de ensueños y de ilusiones
yacen entumecidas mis flores negras.

Ellas son el recuerdo de aquellas horas
en que presa en mis brazos te adormecías,
mientras yo suspiraba por las auroras
de tus ojos, auroras que no eran mías.

Ellas son mis dolores, capullos hechos;
los intensos dolores que en mis entrañas
sepultan sus raíces, cual los helechos
en las húmedas grietas de las montañas.

Ellas son tus desdenes y tus reproches
ocultos en esta alma que ya no alegras;
son, por eso, tan negras como las noches
de los gélidos polos, mis flores negras.

Guarda, pues, este triste, débil manojito,
que te ofrezco de aquellas flores sombrías;
guárdalo, nada temas, es un despojo
del jardín de mis hondas melancolías.

EN EL SALÓN

En tu melena, de la noche habita,
temblaba una opulenta margarita
como un astro fragante entre la sombra;
de pronto, con tristeza,
doblaste la cabeza
y rodó la alta flor sobre la alfombra.
Sin verla, diste un paso
y la flor destrozaste blandamente
con tu escaquin de refulgente raso.
Yo, que aquello miraba, de repente
con angustia infinita,
al ver que la tortura deliciosa
se alargaba de aquella flor hermosa,

con voz que estrangulaba mi garganta
dije a la flor ya exánime y marchita:
"¡Quién fuera tú... dichosa margarita,
para morir así... bajo su planta!"

Y NO TEMBLÉ AL MIRARLA

¡Y no temblé al mirarla! El tiempo había
su tez apenas marchitado; hacía
tanto... que ni de lejos la veía...

Vago tinte de aurora su semblante
inundó de repente, en el instante
en que me vio tan cerca... y tan distante!...

Las luchas interiores, no los años,
revelaban también sus desengaños,
que absortos tuvo a todos los extraños.

Llevaba en el regazo un pobre niño,
trémulo y silencioso y sin aliño,
pero bello, y más blanco que un armiño.

¡Todo lo adiviné!... y aquella hermosa
que fue hasta ayer inmaculada rosa,
única a quien llamado hubiera esposa...

pero que nunca a mi reclamo vino,
que me odió y en mi lóbrego camino
del desprecio glacial sembró el espino;

aquella esquiva flor que en una grieta
de mis ruinas nació, cual la violeta,
y a un tiempo me hizo pérfido y poeta,

en el momento en que los rayos rojos
del triste sol de ocaso, los despojos
de la tarde alumbraban, de sus ojos

vertió al bajar del tren, como rocío,
un diluvio de lágrimas... ¡Dios mío!
Pero yo estaba como el mármol... ¡frío!

TÚ NO SABES AMAR

Tú no sabes amar; ¿acaso intentas
darme calor con tu mirada triste?
El amor nada vale sin tormentas,
¡sin tempestades... el amor no existe!

Y sin embargo, ¿dices que me amas?
No, no es el amor lo que hacia mí te mueve:
el Amor es un sol hecho de llamas,
y en los soles jamás cuaja la nieve.

¡El amor es volcán, es rayo, es lumbre,
y debe ser devorador, intenso,
debe ser huracán, debe ser cumbre...
debe alzarse hasta Dios como el incienso!

¿Pero tú piensas que el amor es frío?
¿Que ha de asomar en ojos siempre yertos?
¡Con tu anémico amor... anda, bien mío,
anda al osario a enamorar los muertos!

TUS OJOS

Ojos indefinibles, ojos grandes,
como el cielo y el mar hondos y puros,
ojos como las selvas de los Andes:
misteriosos, fantásticos y oscuros.

Ojos en cuyas místicas ojeras
se ve el rostro de incógnitos pesares,

cual se ve en la aridez de las riberas
la huella de las ondas de los mares.

Miradme con amor, eternamente,
ojos de melancólicas pupilas,
ojos que semejáis bajo su frente,
pozos de aguas profundas y tranquilas.

Miradme con amor, ojos divinos,
que adornáis como soles su cabeza,
y, encima de sus labios purpurinos,
parecéis dos abismos de tristeza.

Miradme con amor, fúlgidos ojos,
y cuando muera yo, que os amo tanto
¡verted sobre mis lívidos despojos,
el dulce manantial de vuestro llanto!

MADRIGAL

¿Me quieres?... ¡Que tu acento me lo diga
ante aquel sol que muere en el ocaso!
Tú, que mitigas mi pesar... ¡mitiga
esta fiebre voraz en que me abraso!

Tembló su labio y balbució: ¡Lo juro!

Sus tachonadas puertas entreabría
la muda noche en la extensión vacía:
y en mi espíritu lóbrego y oscuro...
en aquel mismo instante amanecía!

VISIÓN

¿Eres un imposible? ¿Una quimera?
¿Un sueño hecho carne, hermosa y viva?
¿Una explosión de luz? Responde esquiva
maga en quien encarnó la primavera.

Tu frente es lirio, tu pupila hoguera,
tu boca flor en donde nadie liba
la miel que entre sus pétalos cautiva
al colibrí de la pasión espera.

¿Por qué sin tregua, por tu amor suspiro,
si no habré de alcanzar ese trofeo?
¿Por qué llenas el aire que respiro?

En todas partes te halla mi deseo:
los ojos abro y por doquier te miro;
cierro los ojos y entre mí te veo.

HUYERON LAS GOLONDRINAS

Huyeron las golondrinas
de tus alegres balcones;
ya en la selva no hay canciones
sino lluvias y neblinas.

Me dan pesar sus espinas
sólo porque a otras regiones
huyeron las golondrinas
de tus alegres balcones.

Insondables aflicciones
se posan entre las ruinas
de mis ya muertas pasiones.
¡Ay, que con las golondrinas
huyeron mis ilusiones!

TODO NOS LLEGA TARDE

Todo nos llega tarde... ¡hasta la muerte!
Nunca se satisface ni alcanza
la dulce posesión de una esperanza
cuando el deseo acósanos más fuerte.

Todo puede llegar: pero se advierte
que todo llega tarde: la bonanza,
después de la tragedia: la alabanza
cuando ya está la inspiración inerte.

La justicia nos muestra su balanza
cuando sus siglos en la Historia vierte
el Tiempo mudo que en el orbe avanza;

Y la gloria, esa ninfa de la suerte,
solo en las sepulturas danza.
Todo nos llega tarde... ¡hasta la muerte!

ALTAS TERNURAS

Esperaré, y en día no lejano,
cuando se apiade mi contraria suerte
y me depare el ósculo de muerte
que ha de salvarme del contagio humano,

pienso que tierra y cielo y océano
de gozo temblarán... y que yo, al verte,
caeré de nuevo en tu regazo, inerte,
después de traspasar el hondo arcano.

Mas luego nuestras almas en un grito
de amor se fundirán... y un mismo anhelo
nos llevará a los pies del Dios bendito;

y así como esos astros de áureo vuelo
que vagan de infinito en infinito,
volaremos los dos de cielo en cielo.

Y en unos eternos abrazos confundidos,
lejos de las mundanas mezquindades,
oiremos, en las altas claridades,
de la angélica orquesta los sonidos.

Y veremos con ojos sorprendidos
la desaparición de las edades,
hasta que el mundo, envuelto en tempestades,
caiga en rotos fragmentos esparcidos.

Y cuando en esa vida misteriosa
toda mi sed de dicha se mitigue,
y tú sientas la calma prodigiosa,

como en el cielo todo se consigue,
tú serás una estrella esplendorosa,
yo un satélite tuyo... que te sigue.